



MSD 2018

MCD 2018



CONSEJO DE LA HISPANIDAD

BIBLIOTECA

N.º 2975

008 (914)

MCD 2018



REVISTA
DE
FILIPINAS.

TOMO I.

(Julio de 1875, á Junio de 1876.)



MANILA:
Imp. de Ramirez y Giraudier.

—
1876.

A mi querido amigo
y colaborador N. Pedro
de Gervantes y de An-
carraga.

[Handwritten signature]

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO I DE LA REVISTA DE FILIPINAS.

(1.º Julio de 1875 á 15 Junio de 1876.)

Introduccion. Página 1.

HISTORIA, BIOGRAFÍA Y POLÍTICA.

- Religion primitiva de los filipinos. Por D. P. de Govantes. 4—42 y 102.
La Oceanía. Por N. 36.
El Mahometismo y el principio del periodo cristiano en el Extremo-Oriente. Por el Dr. Semper: traduccion de D. S. Vidal. 119.
Problemas históricos sobre este Archipiélago. Periodo de la Reduccion. Reflexiones con motivo del estudio anterior del Dr. Semper. Por el Editor. 123.
La Esclavitud en Filipinas. Observaciones al Dr. Semper. Por D. P. de Govantes. 161.
Los Monumentos mariánicos. Por D. P. de Govantes. 312.
Ataque de Manila por Limahong en 1574. Relato sacado de un códice de principios del siglo XVII, cuyo autor fué Cronista del Cabildo Eclesiástico 317.
Funcion votiva de San Andrés, llamada del Real Pendon, y antiguo ceremonial para ella 326.
Acheem y su guerra con la Holanda. Paralelo histórico, social y militar con Joló. Por X. 361 y 381.
Joló: su estado social, sus piraterías y expediciones para castigarlas, desde el siglo XVI. Por X. 405 y 435.
Exámen del convenio celebrado con Joló en 1851. Por X. 500.
La península de Malaca, la guerra de Perak, estado próspero actual y aspiraciones de Singapoore. Por X. 507 y 519.
Costumbres Javanesas y movimiento de la opinion en Holanda para la reforma de su sistema colonial en el archipiélago de Sonda. Por E. V. 599.
La Isla de la Parágua. I. Por D. José, Baamonde y Ortega. 608.
D. José María Peñaranda. Estudio biográfico. Por J. F. del Pan. . . . 49-67 y 108.

ESTADÍSTICA Y ADMINISTRACION.

Estadística militar y civil de Filipinas en 1739

formada de orden de Felipe V. 7-40-71-94-142-206-217-249-343 y 397.

- La poblacion de Filipinas. Estudio estadístico. Por J. F. del Pan. . . 131 y 164.
La fundacion de Carriedo para la traida de aguas á Manila. Por el Editor. . . 203.
Estadística eclesiástica de Filipinas en 1740, hecha de orden del Rey. 426-513 y 546.
Las Ordenanzas de buen gobierno de Corcuera, Cruzat, Arandía y Raon, y un proyecto moderno de nuevas Ordenanzas. Por X. 555-573 y 589.
Instituciones filipinas. El cabeza de barangay. Por D. P. de G. 563.
Estudio sobre las inundaciones de Pangasinan. Por J. B. 578.
Las grandes compañías de comercio con miras sobre este país. La *Compañía de Filipinas*; la *Austro-hispana*, y la *Indo-hispano-inglesa*. Por J. F. del Pan. . . 594 y 609.

HISTORIA NATURAL Y ETNOGRAFÍA.

- Volcanes y temblores de tierra. Por F. L. P. 11-54-127 y 191.
Los negritos y las tribus malayas idólatras de Filipinas. Por el Dr. Semper: traduccion de D. S. Vidal. . . 14—33 y 65.
El Clima de Filipinas. Por idem . . . 97.
Los arrecifes de corales en el archipiélago filipino y la vida animal en el mar. Por idem. 226 y 267.
La Flora de Filipinas y el P. Blanco. Por el R. P. Fr. Ramon Martinez . . . 349.
Las tormentas en Manila, las víctimas del rayo y precauciones contra el fluido eléctrico. Por E. V. 591.
Un interesante manuscrito: Por D. D. V. y S. 597.

TRADICIONES, COSTUMBRES, DESCRIPCIONES Y VIAJES EN EL INTERIOR.

- Entre el Mayon y el Isarog: impresiones de un viaje en Camarines y Albay. Por S. M. 23-58 89-167-234 y 307.
La gruta de Pamiguinan ó de San Mateo. Por D. G. Peñarrubia. 106.
Excursion á las lagunas de Bay y Taal en 185... Por D. E. Peñarrubia. 172-182-221 y 274.

Una visita al P. Juan misionero de Capas y á sus Aetas en 185.... Por E. V. 254, 299 y 338.

La vida práctica en Filipinas. Cartas de Emilia y Zoa sobre economía doméstica. 468- y 483.

Correría de emociones fuertes y una procesion en la selva. Por E. V. . . . 487.

Una campaña por la laguna de Bay y mis relaciones con una verdadera, legítima y auténtica familia de Asuanes. Por J. B. 495 y 527.

El Santo Niño de Ternate y los Mardicas, en la provincia de Cavite. Por E. V. 539.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

Progreso trascendental en la produccion del abacá. Por J. F. del Pan. 404.

Dos interesantes memorias inéditas sobre los medios por los cuales puede y debe promoverse el desarrollo de la Agricultura del país; escritas en 1868 por D. J. F. y T. y D. J. B. 420-429 y 455.

La baja de precios de los productos filipinos en el mercado universal. Por J. B. 560.

Una informacion en Jeddo, vericada por órden del Ministro de Hacienda del Japon, sobre la situacion general y comercio de las Filipinas. Por J. F. del Pan. . . 582.

Derecho mercantil. Firmado un convenio de acreedores ¿lo puede aprobar un juez sin que preceda la calificacion de la quiebra? Por D. P. de G. 602.

Observaciones al autor del artículo sobre si procede la aprobacion de un convenio antes de la calificacion de la quiebra. 615.

HIGIENE Y MEDICINA.

Aclimatacion, temperamentos é higiene intertropicales. Por E. V. 62.

El Ginseng, panacea universal. Por idem. 150.

Saneamiento de rios, esteros y canales. Por F. L. 441.

Los desinfectantes y el ácido fénico, segun recientes investigaciones científicas y repetidos experimentos, para combatir los esporos ó seres microscópicos á que se atribuyen el cólera, fiebres palúdicas, el tifus y otras epidemias en las ciudades, establecimientos públicos y campamentos. Por N. 605.

LITERATURA.

Agapito Macapingan ó Memorias de un criado tagaloc. Por D. Federico Casade-

munt. 28-51-83-136-186-293-366-447 y 616.

El médico de su honra. ¿La tradicion filipina ó el drama de Calderon? Por J. F. del Pan. 145.

Trozos literarios y filosóficos inéditos de Manuel Garrido. 414.

Un romance portugués del Cid. Traducido por J. Baamonde y Ortega. Poesía. 505.

BIBLIOGRAFÍA

Viajes de Jagor. Bibliografía. Por el R. Padre Fr. Ramon Martinez. 177.

Bibliografía filipina: catálogo alfabético de autores y obras sobre este país. Por el Editor. 280-313-341-370-401-411-444-471-493-506-535 y 553.

Un nuevo Americo Vespucio. Supuesto viaje con Magallanes del caballero Pigafetta, segun otro supuesto código encontrado en la Biblioteca Ambrosiana de Milan en el año I de este siglo. Por el Editor. 532.

Impugnacion de D. Zoilo Espejo á la nota bibliográfica de sus obras, y contestacion del Editor 569.

Higiene de los europeos en los climas tropicales y de los criollos en los países templados. Libro del doctor Saint-Vel, traducido por dos doctores en Medicina y recomendado oficialmente 586

ADVERTENCIAS.

Por equivocacion fueron comprendidas entre las del *Diccionario*, en su dia, y por eso faltan en este tomo, las páginas siguientes: 17 á 22; 45 á 48; 75 á 82; 111 á 118; 155 á 160; 195 á 202; 209 á 216; 241 á 248; 281 á 292; 333 á 340, y 373 á 380.

En las 156 páginas del *Diccionario de la Administracion y del Comercio* repartidas con las entregas del tomo 1.º y que se encuadernan por separado, las definiciones mas notables por sus datos y explicaciones, entre las mil publicadas, son las correspondientes á las palabras: Abacá—Abanderamiento—Abra—Accion—Aceites—Acopio de tabacos—Aforo—Agencias de empeños—Agricultura—Aguas—Aguardientes—Alfarería—Algodon—Alumbrado marítimo—Anay—Anfion—Añil—Apelacion—Apellidos—Aprovechamientos comunales—Arancel de Aduanas—Aranceles de viveres—Arbol—Arqueo de buques—Arrendamiento—Arribada—Arroz—Asegurado—Ateneo municipal—Audiencia—Auxiliares de fomento—Averías—Ayuntamiento—Azúcar—Bacauan.

Con las mismas entregas del tomo 1.º se han repartido tambien, para encuadernacion separada, los nueve primeros pliegos de la interesante obra *Una visita á las Islas Filipinas en 1853, por Sir John Bowring*, que suponemos hará 24 pliegos de impresion,

REVISTA DE FILIPINAS.

INTRODUCCION.

I.

Si está fuera de discusión ante una sana filosofía la unidad de la especie humana, hay que convenir en que solo á los climas se pueden atribuir las diferencias de razas, de la misma manera que el aislamiento de las grandes agrupaciones de hombres estendidas sobre la haz de la tierra puede explicar la existencia de civilizaciones de tan distinto carácter como se encuentran en las regiones que la colonización moderna no ha transformado moralmente.

La historia, y desde los tiempos mas remotos, nos presenta á los pueblos depositarios de civilización superior y progresiva, agitados por incesante afán de llevar á otros mas atrasados su tesoro de conocimientos y sus móviles de actividad y de trabajo; en tanto que á las civilizaciones negativas las vemos replegadas en si mismas al menor obstáculo que siente su escasa fuerza de expansión.

Distingue á la civilización progresiva el derecho natural, cuya mas elevada expresión religiosa se encuentra en el cristianismo, dentro del cual se han desarrollado las ideas de respeto á la personalidad humana y las de caridad, estrañas á otras civilizaciones. En estas todo es arbitrario: el hombre y la familia son lo que quiere la ley, y esta casi siempre, elucubración de un ideólogo fanático ó de un conquistador.

II.

En el estado salvaje, cuando los hombres viven mas bien de frutos espontáneos y de la caza que de la agricultura, se necesitan enormes extensiones del suelo para sostener escaso número de individuos; y como, de consentir toda la familia humana este monopolio por los mas atrasados, del terreno que falta para la subsistencia de los mas adelantados, resultaria una irritante desigualdad de condicion, contraria á los que siguen el impulso de indefinida perfectibilidad, se deduce que es ley de la naturaleza, para la conservación y mejoramiento de la especie, el llevar á todas partes los adelantos por los cuales se puede conseguir mayor bienestar para mas individuos en una porción dada de la tierra habitable.

Hoy seria ya una verdad la famosa y terrible ley de Malthus, deducida de las progresiones paralelas, aritmética de las subsistencias y geométrica de la población, si por respeto á los aborígenes de Australia y California, no hubieran acudido á esos territorios los hombres de razas activas y laboriosas, que tan admirable desarrollo han dado á la producción, cuyos sobrantes sostienen en los mismos mercados de Europa un nivel de precios de subsistencias inferior, en cuanto á cereales, al del siglo pasado.

De la misma manera, y con igual derecho, pueden y deben ser impuestas á las mas compactas agrupaciones, reacias al progreso, aquellas leyes eternas

de constante mejora de las condiciones de existencia de los individuos en tan vasta familia, porque es la autoridad natural del padre, del hermano mayor ó de la cariñosa madre, la que obra en beneficio de todos, cobijándolos bajo el manto de verdades y al calor de relaciones cuya bondad patentizan sus efectos.

Así, pues, y en tanto otra civilización superior no aparezca, el mundo entero marchará hácia la asimilación europea de todas las naciones y de todas las razas; entendiéndolos así la adopción universal, mas ó menos lenta, de las ideas reinantes en Europa y América sobre las bases de la moderna sociedad civil, en la familia, en la moral y en la propiedad; sobre las condiciones esenciales de un orden político regular, representadas, como tendencia, por leyes emanación del derecho natural, por la ausencia de preveniciones y antagonismos de nacionalidad y raza, por acción progresiva en los poderes públicos, enérgicamente protectora del trabajo, por el reinado de la justicia con abstracción de arbitrarios lindes de clases y de voluntades, por la beneficencia pública, por la mayor facilidad posible en cada individuo de consagrar sus facultades á utilidad propia y de sus semejantes.

III.

El impulso que convierte á los depositarios de civilización superior en propagandistas, casi siempre reviste formas de utilidad inmediata; y en períodos históricos que cuentan casi todas las naciones de Europa, como los tuvieron Roma y Grecia, esa necesidad y ese deber toman las proporciones de un verdadero desbordamiento de vitalidad, que en los siglos XV y XVI demostraron España y Portugal en América y Asia, del mismo modo que en el siglo pre-

sente lo demuestra la Inglaterra, si de diversa índole, con igual poderosa fuerza de expansión.

La observación nos presenta esa propaganda y esa acción enérgica de razas vigorosas con muy diverso resultado, para el cual entran por mucho circunstancias de población y de clima. Al pretender el europeo convertir en Europa la nueva patria adoptiva, ó ha absorbido, por decirlo así, la población indígena, como en la América del Sur, desapareciendo esta cuando bajo la coacción perenne de numerosa inmigración, no ha querido fundirse en ella; ó ha alejado ó casi aniquilado á aborígenes hostiles, decididamente refractarios á la nueva civilización, como en la América del N. y en Australia; ó transigiendo con civilización, leyes y costumbres que le eran contrarias, se dedicó solo al apostolado del trabajo por razón de utilidad mútua y de fuerza, como en el Indostan y en el archipiélago de Sonda.

Solo un ejemplo presenta la historia moderna de un corto número de inmigrantes transformando en tres siglos, de la manera mas radical, en religion, ideas, leyes y costumbres, todas las condiciones de existencia de un pueblo numeroso, de una raza, considerada aun, fuera de este país, indócil ante los consejos, ejemplos y leyes del progreso humano.

IV.

Tal es la singularidad que ofrece el archipiélago filipino.

El exámen de los resortes empleados, de las vicisitudes que ha debido experimentar tan gigante propósito; el seguir paso á paso, una tras otra, las fases de ese cambio portentoso, desde su origen hasta hoy, en todas sus manifestaciones morales, religiosas, económicas, políticas y administrativas; el detenerse en las etapas de tan escabroso camino, re-

presentadas por cifras, en distintas épocas, de población, de comercio, de consumos, por descripciones de hechos y por la evocación de recuerdos de los grandes caracteres seriamente consagrados al servicio de su patria y al triunfo de una idea; y todo esto sin perder de vista ni un momento la pugna constante de las leyes con las antiguas costumbres, los triunfos y los fracasos sin cuento, los errores y desviaciones del primitivo plan, hasta desarrollar ante la vista de las generaciones que nos siguen los cuadros de sucesivas transformaciones sociales, creando en razas intermedias poderosos elementos de progreso, llegando por último á juzgar en sus obras un sistema; debe ser este, decimos, uno de los estudios mas agradables y variados que se puedan ofrecer. Pero ¿no se ha hecho hasta ahora? Librenos Dios de caer en injusticia de tal magnitud.

V.

Cesar Cantu concede escasa atención á las crónicas particulares: Aimé-Martin, por el contrario, las considera la verdadera historia de los pueblos, porque se saben mejor las cosas cuando los relatos vienen de los que las vieron. Cada época tiene su carácter propio, sus héroes y hombres con ella identificados para la narración de lo que debe pasar á la posteridad. En su breve existencia de tres siglos como fracción integrante de una gloriosa nacionalidad, Filipinas cuenta con varias y preciosas publicaciones de aquel género; abundan, además, otros ricos manuales de curiosas investigaciones históricas y científicas, en trabajos que guardan archivos públicos y particulares, ora inéditos, ora impresos en Manila, en Madrid y en otras partes.

El rebuscar hoy y presentar como material necesario á estudios especiales ó simplemente para satisfacer el afán de

tantas personas, que experimentan la dificultad de poseer ni aun una pequeña parte de esos antiguos trabajos; el recoger esos grandes cuadros de tiempos, de costumbres, de intereses y de caracteres para estudiarlos con miras de comparación ante los que forman nuestra época, es la misión de la *Revista de Filipinas*.

VI.

Nuestra historia contemporánea civil, militar y económica, es de temer no figure un día en crónicas, por la razón de que las corporaciones que las tienen suelen retraerse del movimiento y mas profano torbellino de los intereses materiales, que tanto vuelo van tomando y caracterizan la época actual. Si esta consideración no fuera bastante á recomendar las publicaciones modernas que rehuyen las cuestiones del momento fuera de su expresión aritmética y de hechos, la autoridad de Cesar Cantú, ya citado, inclinaria á ello, aunque para nosotros, entusiastas de la prensa periódica como institución, haya exceso de severidad en estas palabras de su *Discurso sobre la Historia universal*.

«Hoy los periódicos hacen las veces
«de crónicas, pero mas inexactas bajo la
«tiranía de la libertad y de las bande-
«rias, que lo eran las antiguas bajo la
«tiranía de los Reyes; y á las genera-
«ciones venideras las costará mas trabajo
«descubrir la verdad en los periódicos
«de estos tiempos, que á nosotros nos
«cuesta hallarla en los cronistas de la
«edad media, los cuales, rudos pero no
«serviles, engañados mas bien que en-
«gañadores, juzgan mal; pero no se des-
«prenden de sus sentimientos ni en los
«juicios hacen gala de cobarde abdicación»

EL EDITOR.

FILIPINAS.

SU RELIGION PRIMITIVA.

1564.

I.

Al acercarse á la Alemania protestante se levanta un murmullo de filosofía, en medio del cual, se perciben amenudo las palabras: «razon independiente, razon soberana» arrojados como un sarcasmo á los filósofos que se prosternan ante los altares del Señor.

No parece sinó que allá, privada la inteligencia de esas grandes escenas de la naturaleza que hablan al alma, que ejercen sobre ella esa atraccion mágica que parece arrancarla del recipiente corpóreo que la sostiene, privada la inteligencia de la vista de un Occéano grandioso que parece perderse en lo desconocido acompañado de las brumas del crepúsculo; privada de la vista de un desierto que busca sus límites allá donde el cielo empieza; privada de la influencia magnética que tiene la luna en esas noches lánguidas y melancólicas de los Trópicos, que el espíritu anhela que no acaben nunca; no siente la intuicion de la Divinidad que perciben los pueblos de Oriente, no se conceptúa un punto en presencia de lo infinito como en los pueblos del medio-dia, sinó que pretende con orgullo insensato abarcarlo todo, y como abarca su vista aquel invernadero que llama su cuarto de estudio, pretende con locura, subordinarlo todo á la razon, esplicarlo todo con ella.

La razon, ese destello de la Divinidad grabado *ab initio* en la mente del hombre, atrae innegablemente cuando se la estudia: ella, como la luz al espacio, todo lo hermoséa y lo embellece; á su influjo todo toma formas, colorido, perfume y armonía; sin ella que escudriña las relaciones, sin ella que percibe la multiplicidad en la unidad y la unidad

siendo la meta á que tiende la multiplicidad, por una ley irresistible de la naturaleza, á vueltas de mil combinaciones laberínticas que en nada alteran la avasalladora armonía del Universo, todo pasaria á nuestra vista, como las bellezas de la creacion ante la fria é inmóvil púpila de un cadáver. En alas de la razon, lo mismo baja el hombre al centro de la tierra allá donde Pluton tiené asiento entre lenguas de fuego, en un trono abrasador, como sube á perderse en los espacios, para estudiar las leyes del movimiento de los cuerpos celestes y la curvatura de los elipses colosales que trazan los astros con su lápiz de plata en el grandioso tablero del firmamento. Pero guardaos de pasar de la admiracion á la apoteosis, sacad la inteligencia de sus interminables combinaciones de lo subjetivo con lo objetivo, y vereis estrecharse de pronto la esfera de su prodijiosa actividad, vereis circunscribirse á un número determinado de principios, trascendentales y universales si, pero grabados por la mano del mismo Dios en la frente de todos los hombres; y si intenta salir de esa atmósfera vivificante pero limitada, la vemos caer de aberracion en aberracion, sin poderse tener de pié con la cabeza erguida, cual sucede al hacerse el vacío al enhiesto y aéreo colibrí que se encierra en la cón-caba campana de una máquina neumática; y es que la razon humana necesita fuera de sí, el objetivo, el punto de apoyo de la revelacion para marchar con paso seguro por las regiones sobrenaturales de la teología. (*)

Los libre-pensadores, antes de arrojar su razon por los espacios de su fantasía, debieron leer la historia de las aberraciones de la razon humana, de esa ra-

(*) «Si alguno dijere que no hay en la revelacion divina misterios verdaderos y propiamente tales; sinó que todos los dogmas de fé pueden ser entendidos y demostrados por la razon instruida regularmente de los principios naturales, sea anatema.» C. IV. ses. III. Concilio Vaticano.

zon que proclaman soberana é independiente, y ó se hubieran puesto esplicitamente de frente con el criterio histórico, ó hubieran vuelto la espalda á su ideal: por eso no admira sus teorías el que ha saludado la Historia de la filosofía, porque vé que ellos no han hecho sinó abusar de la profundidad de sus ingenios superiores, para sutilizar y para reverdecer los errores de las escuelas de todos los pueblos y de todas las edades.

La historia de la civilizacion está determinada por una série: de la civilizacion católica se pasa á la civilizacion romana; de esta á la civilizacion griega; de la civilizacion griega á la ejiptiaca; de la civilizacion ejiptiaca á la hebraica; y aquí se encuentra el creyente con una estrella polar que le dirige en todas sus peregrinaciones científicas, y el escéptico racionalista con un velo que la inteligencia en vano ha pretendido levantar, pues sus hipótesis no han encontrado un solo punto de apoyo y parecen mas bien los juegos de la fantasía de un poeta que las meditaciones razonadas de un filósofo. Ante ese velo, ó vuelve el hombre verdaderamente pensador á desandar su camino, con la cabeza encorvada por la decepcion, ó cae de rodillas conmovido ante las grandiosas narraciones del Génesis.

La civilizacion, pues, se desarrolla entre dos polos luminosos: la ley mosaica y la ley de gracia, y si los puntos intermedios, si Roma, si Atenas, si Alejandria se bañaron breves períodos con resplandores de saber, ó fueron estos un trásluz de la filosofía de la sinagoga, ó una adivinacion de la filosofía que plantó su faro en las cumbres sagradas del Gólgota. Pero la verdad es que en los mejores dias de la filosofía, independiente en cuanto cabe; en los dias de Sócrates, de Platon y de Aristóteles, se seguían las máximas mas absurdas y se profesaban los errores mas crasos, y por cierto que esos filósofos no tienen que

envidiar, ni la profundidad científica, ni la luminosa intuicion de las notabilidades modernas: solo les faltaba la Revelacion que se habia oscurecido, la Revelacion que no falta ya á los filósofos de la época, aun á los que intentan luchar contra ella, porque nacen, viven y mueren en medio de una atmósfera de cristianismo á cuyo influjo poderoso todo se vivifica, todo renace, todo se desarrolla con frondosa lozanía, porque ella como el aire que es la vida de la flor, del ave, del hombre, por todas partes penetra insensiblemente y lo hace revivir todo. A su influencia prodigiosa, los pueblos de la América, los pueblos del Archipiélago Filipino, despiertan del sueño letárgico que los marchita, que los agosta; arrojan los ídolos, y con los ídolos la ignorancia y el embrutecimiento y marchan á tomar puesto en el concierto de los pueblos civilizados. ¡Magnífico y grandioso espectáculo debido á la noble España!

Filipinas, pues, fué tambien de los pueblos que apartada de la carrera triunfal que ha seguido la civilizacion, apartada de aquel lago azul de Genezaret que retrata en su tranquila superficie las blancas tórtolas que cruzan su límpido cielo y que ha repercutido con eco sonoro la palabra de Dios; de aquel lago que retrata la esbelta palmera, que ha oido el lenguaje de la Divinidad y que ha bañado de poética sombra la figura augusta del Nazareno, vió estancado su progreso intelectual, se encontró envuelta entre las negras brumas del fetiquismo mas repugnante, y es una de tantas enseñanzas vivas de lo estéril que es la razon humana cuando no vive en la region luminosa de la verdadera filosofía.

Una esposicion de las aberraciones que constituyeron la Teogonía de este pueblo, que hoy respira, merced á la animosa España y á la abnegacion de los ministros del Señor, el puro aroma del Evangelio, que ensancha el pecho y eleva el alma, vá ser el objeto de estos artículos.

II.

Como por una intuición misteriosa, los pueblos de la antigüedad entregaban la enseñanza y el magisterio á los ministros de la Religion. Parece como una adivinización de que no hay sabiduría, fuera de Aquel que todo lo sabe.

Parece como una adivinización de que uno de los títulos de que había de investirse la Iglesia del Dios verdadero, era el de Maestra Universal.

Y como en la antigüedad no existía el libro, ese amigo del hombre, que le enseña sin ruborizarle, que le instruye sin humillarle y guarda circunspecto el secreto de las impresiones que causa en la ignorancia del que lo lee; ni existía el periódico, ese paladin de todos los conocimientos, de todos los adelantos, de todos los descubrimientos, que lo mismo se posa entre las manos del rico aristócrata, que se arruga entre los dedos del tosco jornalero, que lo mismo estimula á la lectura á la virgen inteligencia del niño empujándolo hácia mas profundos estudios, que instruye y delcita á la dulce compañera del hombre, antes condenada al aislamiento de la ignorancia, como si los encantos de una inteligencia ilustrada, fueran inferiores á los encantos del talle y de las formas, de la mirada y de las sonrisas; como en la antigüedad, repito, todos los conocimientos eran de experiencia, eran hijos de los años, eran el valioso sedimento de las evaporaciones de la ilusión, esa embriagadora compañera de la pubertad; así que, para que el sacerdocio pudiera cumplir su misión de enseñanza, componían su personal, los hombres de la frente arrugada y de los cabellos de plata.

Pero la sociedad se desarrollaba en una atmósfera viciada por el error, y la verdad se iba perdiendo, cual luz que se estingue chisporroteando, falta de alimento.

Llegaba un día en que la enseñanza se separaba de la Religion, porque no

había enseñanza, porque los conocimientos humanos se reducían á saber templar el arco, á saber arrojar la saeta y la honda, á saber conocer las plantas venenosas para emponzoñar la punta de traidora flecha.

Entonces el sacerdocio no era ya un magisterio sagrado, sino el *modus vivendi* de un embaucador, una industria lucrativa, patrimonio esclusivo de una familia afortunada.

Pero las guerras, la vida nómada, diezaban los pueblos, y los varones mismos eran ya poco para aquellas luchas encarnizadas; no podían pues dedicarse á otros oficios mas sedentários que el de combatiente: el oficio descansado y regalón de sacerdote gentil quedó relegado á la mujer como mas propio del sexo débil.

He ahí lo que sucedía en Filipinas: no había lo que se llama un clero, pero había sacerdotisas llamadas en tagalog *catalona* y en visaya *balaylan*.

La mas hermosa mitad del género humano, prestaba, pues, su belleza y su atractivo á una religion que carecía de lo uno y de lo otro, que ni aun se revestia de esa solemne magestad con que los cultos orientales revisten sus extravagantes sacrificios; porque carecía de templos, de ritos comunes, de familia sacerdotal.

Aquí, mas prácticos, menos hipócritas y nada aristócrata el sacerdocio gentil, si sacerdocio pueden llamarse aquellas pitonisas; no presentaba el pueblo en sacrificio, ricos manjares, para que luego tuvieran un festin los bonzos, sino que solo una parte de ellos se destinaba al Genio, al cual se tributaba la ofrenda, repartiéndose el resto entre los concurrentes á la fiesta religiosa: fraternizaban pues el clero y el pueblo.

(Se continuará)

PEDRO DE GOVANTES Y DE AZCARRAGA.

ESTADÍSTICA

MILITAR, CIVIL Y ECLESIASTICA DE FILIPINAS
EN 1739.

Se advierten en la historia de este país tres épocas bien deslindadas: la primera, que llamaremos heróica, durante la cual, con elementos de fuerza verdaderamente pobres, se desarrolló una acción militar y religiosa que causa admiración. Entonces, y en guerra España con las dos naciones que dominaban los mares, Inglaterra y Holanda, Manila sostenía la comunicación con Acapulco por naves propias; organizaba escuadrillas para defender el país de los continuos ataques de aquellos enemigos poderosos; entonces enviaba expediciones á Mindanao, Joló, Molucas y Formosa fundando nuevos establecimientos y teniendo á raya la morisma por el Sur y á los chinos por el N.; entonces nuestros misioneros evangelizaban en China y el Japon, á la vez que organizaban, como sucesores de los encomenderos y con mejor base, la sociedad civil, agrupando en pueblos á los indígenas; entonces recibía embajadas de Siam, Camboja y Japon el Gobernador de Filipinas, que personificaba una potencia de primer orden en el extremo oriente, y sus expediciones guerreras, aunque no siempre afortunadas, eran el terror de los eternos enemigos de nuestra patria en estas regiones, y entonces Manila era el mas importante lazo que conocía el mundo para las relaciones comerciales del extremo oriente con América y Europa, sosteniendo valioso cambio de productos.

La segunda época es de marasmo y abatimiento, tanto menos esplicables, cuanto habian desaparecido de nuestros mares los contrarios europeos. Se puede decir que principia en la paz firmada en Utrech y termina al comenzar el gobierno del inteligente Vasco y Vargas. El antiguo comercio con Aca-

pulco habia decaido y la pobreza del país llegó al último extremo. Las ricas instituciones de beneficencia que cuenta esta capital, sus principales edificios públicos y la costosa organizacion de la defensa militar del país, en multitud de fortificaciones mas ó menos importantes, todo es anterior á esa época, de la cual nada recuerda la historia sinó frecuentes y miserables cuestiones de interés verdaderamente insignificante ante el grandioso objetivo señalado por anteriores generaciones.

La tercera época, que podríamos llamar económica, sigue inmediatamente al sacudimiento que produjo la invasion inglesa, acentuándose mas al encargarse del mando aquel inteligente marino, al llegar los factores de la compañía de Filipinas; tomando vuelo la trasformacion al cesar expediciones comerciales de Acapulco, estableciéndose mas importante corriente de valores por el Cabo de Buena Esperanza, y posteriormente, al derogarse la facultad de comerciar concedida á los funcionarios residentes en las provincias.

Despues de los primeros cincuenta años de la reduccion ó de la fundacion de Manila, la época en que la vitalidad administrativa y comercial parece mas abatida, aunque en medio de una paz la mas completa interior y exterior, es la segunda de las citadas, ó primer tercio del siglo pasado, como obra de un erróneo criterio gubernativo que se desarrollaba por esceso de tutela, y de otro mas falso criterio económico que habia conseguido imponer limites al movimiento y á las aspiraciones del comercio.

De entonces acá, las mas importantes reformas significan, así en la administracion civil como en la económica y de justicia, mas horizonte á la actividad y al interés de los particulares, en armonía con los adelantos hechos en todos los países y en el mismo sentido, con mas ó menos respeto á los principios en

que se van desenvolviendo las ciencias sociales por su fase experimental.

La mejor manera de apreciar la bondad intrínseca del sistema de la última época citada, considerado en conjunto, es comparar cifras con la anterior, y á este objeto nada conduce mas directamente que la lectura del curiosísimo documento oficial, redactado en 1739, que ofrecemos á los lectores á continuación:

RELACION, EN QUE DE ORDEN DE SU Magestad Católica (Dios le Guarde) se declaran las Plazas, Castillos, Fuerzas y Presidios de las Provincias sujetas á su Real Dominio en las Islas Filipinas, con Delineacion de sus Planos, y Demostraciones puntuales de los Pertrechos, y Gente de Guerra, Sueldos, Raciones y Municiones para su manutencion: liquidado su importe al año, y el Producto de Rentas y Consignaciones de que se reporta. Describense con noticias, asi essenciales, como curiosas, todas estas Provincias; resumiendo lo que rinden para la Real Caja. Y se dá razon con Resumen General de lo fijo del Haber, y cargas de ella

Formada por el Mariscal de Campo Don Fernando Valdés Tamon; á cuyo cargo es el Gobierno de dichas Islas.

AÑO DE 1739.

MOTIVO DE ESTA OBRA.

Entre los varios Reales despachos, que en Setiembre del año de 1736 se recibieron en estas Islas, y condujo á ellas el Galeon Nuestra Señora de Guia, en el Tornaviage de la Nueva España, fué la Carta, que motivó esta obra, y es del tenor siguiente:

CARTA DE D. JOSEPH PATIÑO, SECRETARIO DEL REY NUESTRO SEÑOR.

El Rey quiere tener presente el Estado, en que se hallan los Presidios (*) ó Plazas que hubiere en todo el Distrito de la Jurisdiccion de esa Audiencia, con expresion de sus Fortificaciones y Fortalezas, respecto de la falta de noticias que hay de ellas por el

(*) Hasta principios de este siglo la palabra *presidio* se empleaba en su acepcion militar romana, *guarnicion*.

Incendio acaecido en su Real Palacio en Madrid, con cuyo motivo: Ha resuelto S. M. se prevenga á V. S. (como lo hago) remita con primera ocasion los Planos, y Relaciones, auténticas siguientes:

Planos, con separacion de todas las Plazas, ó Presidios, y Fortalezas que hubiere en la Jurisdiccion de esa Audiencia, con expresion demonstrativa de la circunferencia de su Distrito, y confines con las Provincias de su inmediacion, en la mejor forma, que se pudiesen ejecutar, y con la explicacion correspondiente, no solo de las referidas Fortalezas, sinó es del Terreno, que comprehenden.

Relacion de las Tropas regladas, con que estubiere dotada esa Plaza, Presidios, ó Fortalezas, así de Infantería y Artilleros como Caballería, con espresion de Compañias, y Número, de que se componen, Sueldos de Oficiales y Soldados; y igualmente los que gozan los Gobernadores, y Ministros, y demás empleados, en conformidad de los Títulos, ó Despachos, que se hayan espedido á este fin.

Otra de las Milicias montadas, y desmontadas, que para el resguardo y servicio de cada una de dichas Plazas, Presidios, ó Fortalezas hubiere; con nombre de los Capitanes, y demás oficiales, y el número efectivo de cada Compañía; con distincion de los que gozaren sueldo, y los que no lo tubieren señalado.

Otra del Número de la Artillería de Bronce, y Fierro, que hubiere existente en la citada Plaza, Presidios, ó Fortalezas con la espliacion de sus Calibres, y asi mismo del Número de Fusiles, Armas, y demás Municiones, y Pertrechos de Guerra, que tubieren existentes para su resguardo y defensa.

Y últimamente, Relacion de los Ramos de Rentas pertenecientes á la Real Hacienda, que se cobran en cada Plaza, Presidio, ó Fortaleza, y su Jurisdiccion, con lo que produce separadamente cada uno, su Empleo, y destino, y de la cantidad, que rebajado su Importe, se necesita remitir de situado anualmente; y de que parte se ejecuta para el Gasto que debe hacerse en la manutencion de las Tropas, Sueldos, y demás, que ocurre en cada Plaza, Presidio, ó Fortaleza.

En inteligencia de todo lo espresado, espera S. M. que V. S. se dedicará con la eficacia y actividad, que corresponde, á dar pronta disposicion, á fin que se ejecuten los referidos Planos y Relaciones con la brevedad posible; y ordena á V. S. que con primera ocasion remita uno y otro á mis manos,

dando aviso del recibo de esta orden, para hacerlo presente á S. M. Dios guarde á V. S. muchos años, como deseo. S. Ildefonso 20 de Setiembre de 1735—D. Joseph Patiño.

De cuyo contenido estimulada mi obediencia, di las necesarias prontas órdenes, para que al efecto se me diesen de cada Provincia Relaciones y Diseños conducentes, con que delinease el Ingeniero Militar los Planos de las Fuerzas y Presidios, y formasen oficiales Reales razon distinta de la Real Hacienda. Lo que ejecutado (segun en certificacion separada auténtica se declara;) sirva esta Compendiosa Relacion para mas pronta Noticia.

DESCRIPCION SUCCINTA DE LA CIUDAD DE MANILA.

La Isla de Luzon (ó llamase Nueva Castilla) es la mayor de todas las obedientes á la Católica Corona, en este Archipiélago Filipino: en cuya figura, de un brazo algo doblado, permiten las últimas demarcaciones trecientas y cincuenta Leguas de circuito, y ducentas Leguas de largo; no pudiendo darse de lo ancho punto fijo, por lo que ensancha y angosta el terreno, aunque se reconoce ser mayor desde el codo al hombro, y en esta distancia se advierte ser de cuarenta y tres leguas lo mas ancho; como de veinte y dos, lo que se halla desde el codo á la mano de este brazo figurado.

En este, pues, último término del Español Dominio, á los 14 grados, y 48 Minutos de Latitud Septentrional y 158 grados y 38 Minutos de Longitud Oriental, está situada Manila, en la mediania de su continente, con poca diferencia, á la parte del codo de su figura: á donde, como en cabeza de cuanto se posee en estas Islas Filipinas, reside de asiento con la Real Audiencia su Presidente Capitan General, Silla Arzobispal, y demás Tribunales. El número de vecinos, que la ilustran, es sobre manera corto: estos son los Españoles, que moran dentro, y en los barrios de Binondoc y Santa Cruz, que le son contiguos; y aunque en estos sitios se admira lo numeroso del gentio, me debe el concepto de vulgo.

Fué el dia 24 de Junio de 1571 el de la fundacion de Manila, que reconoce por su Fundador al Adelantado Miguel Lopez de Legaspi: Heroe á la verdad, digno de los mayores Encomios, por el valor, acierto, y fortuna, con que resplandeció en estas Conquistas.

El sitio que esta Plaza ocupa, es una Punta, á orillas del Mar de una Bahía, que boxea treinta Leguas, al cual se comunica un caudoloso Rio, que desciende de una Laguna distante cinco Leguas de la Ciudad, á la parte Oriental, por donde la viene circundando su corriente, y pasa lamiendo sus Murallas, hasta desaguar su caudal por la Barra.

Tubieron hasta hoy á cargo el Gobierno Secular cuarenta Gobernadores: los veinte y tres propietarios, y los diez y siete Interinos: como el Eclesiástico, un Obispo y trece Arzobispos; deducido puntualmente uno, y otro número de la Série de ambas dignidades.

La Fortificacion, de que esta plaza se halla ceñida, es toda de figura irregular, á discrecion del terreno: y aunque de cantería, si se considera la bondad de la piedra, fácil de labrar, por blanda, no se reputan inferiores sus Murallas á las de tapia, ó ladrillo; antes sí estoy persuadido, á que se les haria agravio á las nuestras, si se les denegase la ventaja de aquellas, y firmeza de estas, en vista de cuanto resisten; pues en el transcurso de mas de un siglo de su construccion, (1) solo en algun tiempo, por una ó otra parte, poco defendida de los vientos salitrosos se advierte algun leve desmoronamiento; que con el reparo de una ligera capa de cal se remedia, ó se preserva, debiendo á la experiencia el concepto que se forma. Consta su circuito de 12,498 pies Castellanos: cerrando por ambos extremos con el Castillo de Santiago, que segun su positura, ocupa en Manila lugar de Ciudadela.

Son los Baluartes de su recinto doce, todos terraplenados: nueve pequeños, y los tres Reales, de magnitud regular. En uno de estos últimos, denominado San Andrés, hay Almacen de Polvora, á prueba de Bomba, hecho construir por el presente Gobierno. Sirvió á esta fábrica de estímulo el poco abrigo de un simple texado del antiguo, y lo espuesto de su cuerpo á los tiros del sitiador; cuyos temidos riesgos han cesado á vista de la fortaleza del nuevo. Dos Miras se registran incorporadas al Recinto dicho; y fuera de el un Revellin y una Corona. Conjunto bien respetable, por lo que conduce á su mayor defensa: de cuyas colocaciones se hará donde corresponda memoria.

Las Puertas de esta Ciudad son seis: dos

(1) Asi, pues, esa grandiosa construccion de las murallas de Manila, se llevó á cabo cuando apenas tenia cincuenta años de historia esta capital.

principales y cuatro postigos: de los cuales Santa Lucia y Palacio, mirando al Oeste, franquean paso á la Marina; como lo hacen, por la parte del Norte, al rio, Santo Domingo y Almacenes. Las principales se distinguen por los nombres de Real y del Parian. Esta se halla en la mediania de la Cortina que bate frente al Nordeste entre los Baluartes S. Lorenzo y S. Gabriel; con su cuerpo de guardia, en lo interior, capaz de alojar una compañía. Y á correspondencia del hueco de abaxo, tiene en lo alto una mira espaciosa, guarnecida de algunos Cañones, la que, á beneficio de sus costados flanquea los Baluartes colaterales: Fortificación, que (á lo que se infiere) se colocó aquí, para reparar el defecto de la extraordinaria longitud de esta cortina.

Las obras exteriores de esta se componen de una corona, que encubre la puerta; una Falsabraga, que corre desde el flanco del Baluarte de S. Gabriel, hasta llegar casi á dicha puerta, dando lugar allí á un puentecillo para la comunicacion con la corona referida; un foso, de que trataremos mas abaxo; su camino encubierto, parapeto, y empalizada, con su esplanada, ceñido el todo á reglas, quanto dió lugar la estrechez del sitio: y á su pié un cenagal que sirve de contrafoso: (2) en cuyo extremo y por su orilla exterior, corriendo hacia el Sur, una Gran Calzada, que en su principio se une con otra pequeña, que intermedia entre el Contrafoso, y el Rio; y ambas se dan la mano con un Puentecillo contiguo á un Fortin, que erigió para la Guardia del Puente grande, que á su inmediacion atraviesa al Rio.

El Foso de la Media cortina (cuya noticia se reservó para este lugar, para quitar la confusion) se forma de las aguas, que al subir de las Mareas comunica el Rio. Empieza desde el ángulo flanqueado del Baluarte S. Gabriel, y viene hasta muy cerca de la Puerta Parian, con contraescarpa, que la pierde allí, inclinándose hacia la corona; con que la dextera casi aislada con un pequeño brazo. Este, á corto trecho, pone todo su caudal, como en depósito, en el contrafoso ya dicho. No así su cuerpo; pues estendiéndose este sobre la derecha, á medida de las aguas que recibe, va siguiendo el margen de la Calzada grande, con mas,

(2) Por manera que ese contrafoso que domina la Calzada, fué desde el principio un cenagal, y no una corriente que se ha cegado por incuria como creen muchas personas.

ó menos inmediacion, segun sus círculos, hasta que acercándose á las murallas, termina al rededor de ella su carrera junto al Baluarte S. Diego, sitio en que el Arte le impuso coto, atendiendo, sin duda, á las frecuentes inundaciones, á que se espondrían los contornos si (como le era facil) llegase á unirse con el Mar. Acuerdo, de que resultaron dos muy especiales beneficios, en que inmediatamente se interesan la Plaza y Público: aquella por el que disfruta en que por las partes Oriental y Meridional le sirva de Foso, y este se utiliza en la copia de embarcaciones, que socorridas del flujo, llegan á descargarse á la Puerta Real. (3)

Esta es una de las dos Puertas principales ya mencionadas. Hállase á la parte meridional de esta Plaza en la cortina, que guarnecen los baluartes S. Diego y S. Andrés, bien que mas arrimada al último, y aunque de diversa estructura, es muy semejante á la del Parian, en comodidad y fortificación, por tener, como ella, Cuerpo de Guardia, y mira compuestos de iguales circunstancias. Solo se advierte la especial entre todas, de ser esta cortina la única, que se mira terraplenada, motivo de haberse colocado algunos cañones, de que carecen las otras.

Sus obras exteriores graduadas por su orden se reducen á un Puente levadizo, y Foso revestido de contraescarpa; y á poca distancia un revellin en estado de defensa, sin embargo de que, por encubrir la puerta, no se halla en frente de la mitad de la cortina, que era su lugar propio. Las restantes de camino encubierto, parapeto, empalizada y esplanada, aunque las habia estaban enteramente arruinadas, al ingreso de este Gobierno; lo que le movió á plantearlas de nuevo á la moderna, con mas perfeccion que las antiguas.

A expensas de la Real Hacienda, se mantiene tambien en esta Ciudad (por necesaria) Fundicion de Artillería, granadas y balería de todos calibres: y una Herrería, donde se fraguan de continuo, segun las ocurrencias, muchas Armas de mano, y algunas de fuego, cuyos metales se transportan de paises ultramarinos. Y á fuera, á media legua escasa, al Sur, la Polvorista, que encierra un

(3) Allí, en efecto, el foso tenia muelle accesible para bancas de pasage y con provisiones para Manila, por no existir mercado en los arrabales. En el mismo siglo pasado se hizo la obra que cerró el foso por esa parte, como en los años de 1843 á 45 se construyó la pequeña y ancha calzada de Magallanes, llamada ya entonces el Itsmo, en recuerdo del de Suez que principiaba á ser recorrido por viajeros españoles.

Reducto triangular de cal y canto, con siete cañones de fierro montados y tres Semi balnartes que le fortifican. Esta oficina provee de polvora á Manila, Presidios de su dependencia, á las Naos de S. M. que ván anualmente al Puerto de Acapulco, é Islas Marianas, y á las Armadas, que cuando se ofrece ocasion de enemigos, se aprestan á su opósito: como tambien á las fiestas públicas; y sobra para el gasto de los que quieren comprarla, á quienes se les abastece por su dinero. Los ingredientes de su composicion (á reserva del salitre, que se hace conducir de tierras extrangeras) los produce el País.

ARTILLERIA MONTADA, Y DESMONTADA DE ESTA PLAZA, CON TODO LO NECESARIO Á SU MANEJO.

Cañones de Bronce.			Cañones de Fierro.		
1	Calib.	3.	2	Calib.	2.
1	de	4.	13	de	4.
1	de	5.	6	de	5.
2	de	8.	10	de	6.
1	de	9.	11	de	8.
1	de	14.	4	de	10.
1	de	16.	4	de	12.
15	de	8.	4	de	14.
7	de	20.	5	de	18.
3	de	22.	4	de	20.
2	de	24.	2	de	30.
6	de	15.			
2 Pedreros guarda fosos 50.					
43 . de . Bronce. .			65 . de . Fierro. .		

PERTRECHOS DE RESPETO INDEPENDIENTES DE LOS QUE TIENEN ACTUAL SERVICIO.

20,370 Balas de fierro de el respeto de dicha Artillería.
18 Pedreros de Bronce con sus Camaras.
5 Esmeriles de fierro.
4 Pinzotes de fierro.
458 Arcabuces de mecha.
409 Fusiles y Cañones de chipa y bayonetas.
34 Pares de Pistolas.
2) Trabucos de Bronce y de fierro.
2267 Espadines, Alfanges, y ojas anchas.
1,097 Granadas de fierro.
50,342 Balas de plomo correspondientes.
300 Arroyas de polvorá de dotacion.

(Se Continuará)

VOLCANES Y TEMBLORES.

La circunstancia de ser el archipiélago que habitamos, una region volcánica conmovida además por frecuentes temblores de tierra de variada violencia, hará doblemente interesante un relato de las

causas diversas á que se atribuyen estos fenómenos geológicos, y de los efectos que en épocas mas ó menos remotas y en la actual, se cree han producido.

En él nos proponemos manifestar de una manera sencilla y sin pretension científica ni de originalidad, las teorías diversas mas conocidas y notables que han servido á los hombres de la ciencia para explicar la presentacion de fenómenos tan magníficos por el espectáculo grandioso que ofrecen al observador, cuanto terribles por los trastornos que en algunos ocasiones han deternado, al propio tiempo que indicar las observaciones recientes de geólogos y astrónomos, como Liell, Darwin, de Walterhausen, Otto Volger, Cordier, Hopkins y Thomson, que tienden á hacer modificar la creencia casi general de que es cierta la teoría que suponía la corteza terrestre de insignificante espesor, y de un gran volúmen y constante movilidad el fuego central, opinion que hasta ahora han compartido hombres tan eminentes en la ciencia como revelan los nombres de Humboldt, Davy, Arago y de Buch.

Que los fenómenos de que vamos á tratar corresponden por sus efectos á causas que originan esfuerzos interiores poderosísimos, cuando se manifiestan á nuestros sentidos de una manera tan grandiosa en la superficie del globo que habitamos, es lo que no debemos poner en duda. Pero ofrece grave dificultad, aun en el actual estado de la ciencia, auxiliada por constante observacion, el fijar de una manera positiva, cuales puedan ser las causas verdaderas y reales que los originan; y solo podemos repetir determinadamente y en el sentido de mayor generalidad posible, que estos fenómenos, son detalles del cuadro general de la naturaleza, producidos por las reacciones que se verifican en el interior de los planetas y se manifiestan en sus capas exteriores.

Si la tierra que habitamos no hubiera sufrido en el trascurso de los tiempos alteraciones en su forma primitiva, la veríamos hoy constituyendo un esferoide perfecto. Pero las depresiones mas ó menos considerables que nos ofrece su superficie, esas montañas de tan considerable elevacion, esas profundidades extraordinarias que el mar ofrece, nos indican que ha sido necesario un trabajo mecánico de inmensa magnitud, de imposible cálculo, para que esos levantamientos y esas depresiones hayan podido realizarse. Y esos levantamientos, continúan verificándose en la actualidad, constantemente, ya de una manera insensible como se ha comprobado en una extension considerable de la Suecia, observada durante gran número de años; ya de una manera mas rápida como á principios de este siglo ha ocurrido en la costa de Chile, en la cual una comarca entera se ha visto levantada repentinamente; del mismo modo que se efectúan esas depresiones, ya de una manera rápida como lo prueba la desaparicion en 1772 del Pepandajan volcan que existió en la isla de Java sepultado en las estrañas de la tierra despues de una erupcion terrible, ya de un modo insensible como se comprueba en todos los grandes continentes, y en lugares de situacion determinada.

Además, examinando con detencion la superficie terrestre, se reconoce que en algunos puntos, la fuerza que se desarrolla en su interior, la ha conmovido, la ha levantado, la ha hundido y hasta la ha roto en algunos puntos, ocasionando hendiduras, ya accidentales, ya permanentes, que permiten en algunos casos una comunicacion con sus profundidades desconocidas, y por aquellas vemos surgir, gases, líquidos y masas fundidas que se trasforman en lavas, y tambien rocas en estado de fusion. El geólogo observa que, ademas de estas rocas, que considera en su division científica como rocas pri-

mitivas y de gran antigüedad, se le ofrecen á la vista y en la superficie de nuestro globo, en un estado constante de nueva formacion; asi como en las aguas determina la existencia de restos de animales y de plantas, y masas disgregadas, procedentes de montañas reducidas á polvo, confundidas con restos de osamentas de un reino animal que ha desaparecido.

Si al geólogo y al naturalista le es fácil y accesible reconocer la superficie de la tierra, en cambio le es imposible reconocer de un modo completo su masa sólida interior. Y para determinar las causas que producen estos levantamientos y depresiones en la superficie terrestre, ó el porqué de la actividad volcánica y de los efectos dinámicos de los temblores de tierra, sería necesario reconocerla á inmensas profundidades, y las excavaciones de mas consideracion que se conocen, son las practicadas en las minas de Kuttemberg en Bohemia y en una de las minas de Guanajato en Méjico, que apenas alcanzan la profundidad de un quilómetro, esto es, solo la seis ó siete milésima parte del radio de la tierra.

Sin embargo, se revela un hecho, que viene á ser comprobado por la apertura de los pozos artesianos, en los que el agua aparece con temperaturas mas ó menos notables, cuyo hecho admiten con exagerada extension algunos hombres de la ciencia. El nos manifiesta que á medida que el hombre penetra hácia el centro terrestre por sus capas exteriores, percibe un aumento de temperatura, que si bien es variable segun los lugares y composicion de los terrenos que se atraviesan, no por esto deja de constituir cierta proporcionalidad determinada, viniéndose á fijar como aumento de un grado por cada espacio que se profundice equivalente á 25 ó 30 metros. Ya á la profundidad existente en las minas citadas, en las cuales existe un calor constante de 45 grados centígrados, sin la ventilacion conveniente el obrero no podría re-

sistir un trabajo constante, por mas que por breves instantes pueda el hombre soportar calor de mas consideracion.

Pero aun cuando sea un hecho comprobado para pequeñas profundidades, este aumento proporcional del calor terrestre ¿podremos asegurar que se verifique de igual manera, en todos lugares y á cualquiera profundidad que consideremos? Si así fuera, existiria en el centro de la tierra una temperatura de 200,000 grados, cantidad de calor que apenas puede concebir la imaginacion del hombre, y á igual distancia de la superficie exterior, hácia el espacio etéreo, la temperatura negativa, ó el grado de frio, ligeramente modificada por el calor solar, sería de una intensidad análogamente inconcebible.

En el caso supuesto de un aumento de temperatura en proporeion que profundizamos hácia el centro de la tierra, nos veremos imposibilitados, á profundidad muy insuficiente, de poder continuar la investigacion que nos sería tan conveniente y necesaria. ¿No habrá á mayores profundidades alteraciones en la temperatura? ¿Irá siempre aumentando ó disminuirá tambien sin proporcionalidad alguna? Es lo que nadie puede determinar de una manera positiva: de ahí diversas teorías, que expondremos en tiempo oportuno, en las cuales unos suponen la existencia de un fuego central, otros que creen en la existencia interior terrestre de grandes masas en constante ignicion, diseminadas, con comunicacion ó sin ella, y que ejercen constantemente su variado poder contra las paredes de las cavernas que las contienen; y todos en absoluto confiesan ignorar, de qué manera se promueven, en momentos determinados, esos desarrollos extraordinarios de fuerza, que son necesarios para promover la emision en breve tiempo de cantidades tan considerables de materia que se supone proceden de una profundidad de 60 kilómetros por lo menos, y las conmociones que experimenta á veces la tierra en gran

extension superficial y de una manera mas ó menos violenta.

Así como los volcanes se hallan irregular y desigualmente esparcidos por la superficie de la tierra y hasta cierto punto presentan mayores agrupaciones hácia los continentes, es tambien un hecho comprobado que en algunas regiones del Ecuador, se experimentan los temblores con mas frecuencia y con mayor intensidad que en el resto de la tierra. De ahí la deduccion de que los mas fuertes temblores no tiene efecto generalmente en la proximidad de los volcanes en actividad, y esta deduccion, tiene en su apoyo hechos memorables en la historia, si bien en ciertas regiones se ha observado que los volcanes activos, no dán garantías de seguridad á los habitantes de las comarcas inmediatas ni evitan la presentacion de fuertes temblores, que en algunos casos dejan huellas terribles de su poder.

La presentacion de estos fenómenos en ciertas comarcas, produce en el ánimo de sus habitantes muy diversos efectos, segun les acredite la observacion y la experiencia. Así que, mientras en los trópicos de la America, en donde trascurren comunmente diez meses del año sin la aparicion de fuertes lluvias, ven los indígenas en la presentacion y repeticion de los temblores de tierra que no producen efectos destructores en sus viviendas, la señal precursora de inmediatas lluvias que fecundizan sus terrenos, en la region que nosotros habitamos nos justifican los hechos, que han ocurrido temblores de alguna importancia durante la época de lluvias, y mucho antes que estas se hubiesen presentado, sin influir ostensiblemente en la regularidad ordinaria de ambas estaciones, y sin esperanza de beneficios posteriores, sus habitantes ven en su frecuente repeticion, una causa destructora y motivos de espanto y desolacion. En las comarcas próximas á los volcanes en actividad, los temblores indican erupcion próxima, y

cuando esta es de escasa importancia, despues de su realizacion, ocurren temblores de poca intensidad.

(Continuará.)

F. L. P.

Manila Junio de 1875.

LOS NEGRITOS

Y LAS TRIBUS MALAYAS IDÓLATRAS DE FILIPINAS.

Estudio escrito en aleman por el Doctor D. Carlos Semper, profesor extraordinario de la Universidad de Würzburgo, y traducido por D. Sebastian Vidal.

Los primeros pasos de la humanidad, lo mismo en Filipinas que en Europa, están envueltos en densas tinieblas difíciles, si no imposibles, de disipar; pero así como aquí nos sirven para fundar hipótesis más ó ménos probables acerca de la manera de ser de nuestros antepasados en aquellas remotas épocas, los restos de las ciudades lacustres, las armas y utensilios, los adornos y los esqueletos del período precéltico, tenemos allí, si bien faltan los monumentos, algunas tribus cuyos usos y costumbres nos dan una idea bastante exacta de lo que fueron los pobladores del Archipiélago en los pasados siglos.

Las tribus negras parecen haber sido las primeras en el país; por lo ménos se carece de noticias acerca de pueblos que les hubiesen precedido, y hasta las hachas de pederal (1) encontradas en algunos puntos se refieren, sin esfuerzo, á una poblacion negra.

Parecidas estas tribus á la raza de los pa-

(1) Debemos mencionar aquí las hachas de pederal, que, segun parece, se encuentran principalmente en Java y en la península de Malaca (véase el *Journal of the East Indian Archipelago*, tomo V, pág. 84.) Esta noticia se refiere á un artículo publicado en el *Naturkundig Tijdschrift voor Neerlandsch Indie*. Como no he examinado este tomo, no puedo decir cual de las hachas dibujadas en él corresponde á las halladas por mí en el interior de Mindanao. Logan, el erudito editor del citado *J. E. I. A.*, saca partido de este hallazgo para apoyar su opinion de que los antiguos habitantes de Java son de origen africano ó indo-africano, como dice demuestra, además, la semejanza de la índole de sus idiomas. No puedo formar juicio propio acerca de esta cuestion. Parece indudable que esas hachas de pederal deben haber pertenecido á una raza ya hace mucho tiempo extinguida, pues en Java y en Malaca se las llama *piedras del rayo*, y en Mindanao se consideran como *dientes* del animal del rayo, prueba de que se ha borrado el recuerdo de su verdadero uso. Es probable que exista una íntima afinidad entre la raza primitiva del extremo Oriente y la de los papuas.

puas (2) de Nueva Guinea é islas próximas, así como tambien á los habitantes del Archipiélago de Fidji y de otros grupos de islas del Océano Pacífico (3) en su físico y en muchas de sus costumbres, son inferiores á ellas respecto á su estado de civilizacion y

(2) Los papuas tienen el cuerpo de un color pardo oscuro casi negro, pero nunca negro de azabache como algunas tribus negras. El matiz es, sin embargo, variable, siempre más oscuro que el de la piel de los malayos; el pelo es áspero, estoposo y crespo, creciendo en pequeños mechones, que en la juventud son muy cortos y espesos y adquieren despues una longitud considerable, formando una especie de tupé rizado, que es el orgullo de los elegantes de la tribu. Su barba crece rizada como el pelo. Los brazos, las piernas y el pecho están cubiertos de un bello algo encrespado. La estatura de los papuas es mayor que la de los malayos; igual, y á veces hasta mayor que la de los mismos europeos. Sus piernas son largas y delgadas, y los piés mayores que los de los malayos. La cara es comunmente alargada, la frente plana, las cejas muy proeminentes, la nariz ancha, arqueada y alta, gruesa en su base, de grandes ventanas y subida abertura, lo boca ancha y de labios gruesos y salientes. En su conjunto la cara se asemeja más al tipo europeo que la de los malayos.—Los papuas son vehementes y expresivos en el habla y en la mimica, demuestran sus expresiones con risas, gritos, golpes, etc. Las mujeres y los niños toman parte en todas las discusiones, y muestran poca sorpresa á la vista de europeos. Es difícil formar exacto juicio del grado de inteligencia de esta raza; los datos de Wallace, que la estudió concienzudamente, inclinan á creer que es superior al de la malaya, á pesar de no haber adelantado nada en su civilizacion.

N. del T.

(3) Permítaseme rectificar aquí algunos errores que se deslizaron en la última obra de Haeckel al hablar de las razas negras. Considerada la gran trascendencia de sus opiniones científicas y lo mucho que su obra sobre la historia natural de la creación, sin duda, ha de divulgarse, es de temer se propaguen las inexactitudes que en este asunto contiene.

En primer lugar es erróneo colocar los negritos de Filipinas y de otras islas del extremo Oriente en el mismo grupo que los negros de pelo liso de la Australia, separándolos de los papuas de pelo crespo. Este error parece proceder de haber aceptado el autor la opinion de Bernardo de la Fuente, traducido por Prichard, tomo IV, pág. 231, y que vemos consignada tambien en el popular libro del Dr. Federico Rolle *El hombre, su origen y costumbres explicados por la teoria darwinista*, Franckfort, 1866, p. 233 (*). Este autor habla de negritos de Luzon de pelo crespo y de pelo liso. Todos los aétas ó negritos de aquella isla tienen, sin excepcion, el pelo crespo, como dicen los historiadores españoles. En su manera de vivir, costumbres y figura son indudablemente afines á los papuas.

Por lo que se refiere á los negros citados por la Fuente con el pelo largo y completamente negro, como añade que se les considera como descendientes de los malabares (*Prichard*, tomo IV), es dudoso sean verdaderos negritos; además, dice Prichard que se les llama *Igolotes*. Esta cita puede haberse tomado exactamente de alguna antigua crónica española ó de la Fuente; pero el hecho es falso, pues los *igolotes* ó *igorotes* no tienen nada de negros, siendo las tribus *pardas* del Noroeste de Luzon de origen indudable malayo. Hay ciertamente algunos pueblos en Luzon y en Mindanao de color más oscuro que el aceitunado de los malayos, y que tienen á menudo el cráneo alto,

(*) *Der Mensch, seine Abstammung und Gesittung im Licht der Darwin'schen Lehre.*

moralidad. Nos las podemos representar como una parte de esas razas que han permanecido en mayor atraso, ó que han ido degenerando ya desde tiempos muy remotos. Al reunir todas las noticias, por desgracia muy escasas, que acerca de los *Negritos* de Filipinas están diseminadas en las obras de autores españoles, y al estudiar su influjo en los períodos

la cara redonda y el pelo liso y negro parduzco, algo semejantes á los negros de aquellas comarcas; pero se han originado evidentemente de cruzamientos entre los malayos y los negritos de pelo crespo. Se ven en estas tribus individuos de pelo enrespado que presentan la forma de la cabeza y el color de la piel del tipo malayo y otros rasgos fisonómicos semejantes á los de los negritos, pero con pelo liso, unas veces estoposo, matè negro parduzco, y otras negro brillante. Todos sostienen tratos con las rancherías vecinas malayas, sean cristianas ó idólatras. Entre las *Mamanuas*, que forman una de esas razas mezcladas, en la costa septentrional de Mindanao, oí decir que se casaban con los de las tribus, cristianas que luego se les asimilan, adoptando su mismo género de vida nómada.

Otro pueblo habitante en la planicie central de Luzon, en Pangasinan, se encuentra descrito en la obra de P. Mozo, *Misiones de Filipinas*, 1763, pág. 101, como de raza negra; pero solo se le considera así por tener sus individuos la piel de color oscuro; se llaman *balugas*, que en tálago significa *mestizo negro*, ó sea mezcla de sangre negra con malaya ú otra cualquiera. He visto los *balugas*, y me parece indudable que son mestizos de tálalos y negritos. No todos los llamados por los españoles *negritos* son propiamente tales (véase lo que dice Schetelig en su artículo sobre los naturales de Formosa, publicado en las *Memorias de la Sociedad Etnográfica de Lóndres*, tomo VII, pág. 12.), y puede asegurarse que todos los negritos de pelo liso son: ó malayos de color oscuro, ó mestizos de negro y malayo. El que se interese por el estudio del desarrollo de los papuas en el extremo Oriente y Océanía, puede consultar la excelente obra de G. Windsor Earle, titulada *The native Races of the Indian Archipelago, Papuans*; Lóndres, 1853. El libro de Pritchard es algo anticuado.

No creo aventurado afirmar que no pueden designarse los habitantes de Australia, según las indicaciones de Pritchard (tom. IV, pág. 270), como negros *harafuras* ó *alfurus* (Haeckel, l. c.) En primer lugar *harafura* ó *alfuru* parece ser palabra portuguesa, equivalente á «esclavo liberto.» Con este nombre los portugueses distinguían en Amboina á las tribus independientes del interior (G. Windsor en el *Journ. East Ind. Archip.* vol. IV, 1850, pág. 2.) Aun cuando esta voz no fuese de origen portugués sino de procedencia oriental, en manera alguna podría aplicarse á los australianos de pelo liso, y si solo, en último extremo, á los negros de pelo crespo que habitan en las cercanías de las Molucas, ó sea á los papuas. D'Urville describe también los *harafuras* de la cordillera Arfak, Nueva Guinea, como de pelo crespo. Hay en todas las narraciones de los naturalistas comisionados por distintas naciones y de los navegantes, una confusión tan grande, que lo más acertado parece cortar de una vez el nudo gordiano dando tal denominación al olvido ó concretando su acepción, como hace Bastian en el mapa de su libro sobre la constancia de la razas humanas (*Ueber das Restandige in den Menscheuracen*, Berlin 1868.) Este distinguido etnólogo indica además, usando la designación de «negros *alfurus*» y colocándoles en el grupo de «negros australianos con los papuas», que cree muy afines las dos formas de negros australianos: una de pelo crespo y otra de pelo liso (l. c., pág. 271.) Una separación tan marcada de ambos grupos, como la hace Haeckel, no se apoya en ningún hecho conocido del estado físico é intelectual en que se hallan los pueblos comprendidos en ellos, tanto menos cuanto no son razas etnológicamente puras y exentas de toda mezcla.

malayo y cristiano, se cree, en verdad, hallar en ellos los descendientes degenerados de una raza antes mucho más poderosa y avanzada.

En las islas del Sur del Archipiélago parecen haberse extinguido por completo. Verdad es que dan todos los autores como positivo que en el interior y parte oriental de Mindanao viven aún verdaderos negritos; pero esta opinión revela el desconocimiento más completo de las razas que pueblan aquella isla. Sólo las pequeñas tribus de *Mamanuas*, que habitan el Este, tienen sangre negra en sus venas, y aún éstas representan, como se reconoce á primera vista, un pueblo mezclado y no una raza pura. Exceptuando algunas familias de negritos que existen en las montañas de la isla de Negros, principalmente al rededor del volcán que hay en ella, los *Autochthones* han desaparecido de todas las Visayas. En la parte Sur de Luzon no se encuentran tampoco, y van apareciendo y aumentando en número, como pueblos aborígenes, á medida que se avanza hacia el Norte de la isla; así es que pueblan la costa oriental de Alabat, cerca de Mauban, las sierras de Mariveles y de Zambales, la costa oriental cerca de Baler y de Casiguran, y desde Palanan se extienden hasta más arriba de Cabo Engaño, hallándose lo mismo en el litoral que en la cordillera este. Aquí más que en parte alguna se muestran con toda pureza sus caracteres físicos é intelectuales.

Su estatura es, por término medio, de cuatro pies y siete pulgadas (1) en los hombres, y de cuatro pies y cuatro pulgadas en las mujeres; sus miembros son bien proporcionados, aunque de notable delicadeza. La cara, especialmente en las mujeres, es redonda, muy gruesa, coronada por un pelo lanoso crespo, negro parduzco mate; las mandíbulas son poco salientes, los labios débilmente hinchados, la nariz es ancha y aplastada, y el color de la piel pardo cobrizo oscuro. Estos negritos forman un marcado contraste con el físico de sus usurpadores malayos, más fornidos, altos y de cuerpo anguloso. Recuerdan algo á los habitantes de pelo liso de Australia por la extremada debilidad de sus piernas y lo proporcionalmente abultado de su abdomen. *Muy barrigudos* les llaman los historiadores españoles. La desnudez de su cuerpo se aviene con la benignidad del clima tropical, y su único abrigo consiste en unos parasoles fácilmente manejables, parecidos á los que en algunos puntos del centro de

(1) El pié de Prusia equivale á 0m 3133. N. del T.

Europa usan los canteros para resguardarse del sol y de la lluvia, Pasan su vida tendidos á lo largo sobre la abrasadora arena de la costa ó en las orillas de los rios, dispuestos siempre á llevar algunas leguas más allá sus chozas de construccion ligera, en cuanto les faltan recursos para la vida. Más cuidados que por el vestido de sus personas, reducido á delantales sujetos en la cintura, pasan por los objetos de adorno, como pendientes, brazaletes, collares y algunos utensilios de raras formas para tabaco y buyo, hechos con raíces y trozos de madera, ó tejidos de filamentos de distintos *pandanos*. Unicamente los mas ricos se permiten el lujo de una esterilla ó petate para dormir, comprada á los cristianos. Aun se pintarrajean el cuerpo, si bien esta costumbre no es tan general como entre los malayos de las cordilleras occidentales de Luzon. En el enlace de los dibujos emplean combinaciones todas de líneas rectas, que no difieren en las diversas tribus de negritos, separadas y distantes unas de otras; pero sí en el modo de grabarlas en sus cuerpos. Los negros de la costa oriental de Baler hasta más arriba de Palanan usan con este objeto un alfiler (1) como el empleado por los malayos; los de Mariveles se hacen incisiones en la piel, de las cuales resulta el dibujo con que quieren adornarse. En estos últimos se marca de relieve el dibujo en forma de abultadas cicatrices, mientras que en los que emplean alfileres la piel queda bastante lisa.

Su carácter es generalmente mejor que su fama: por naturaleza son confiados, espontáneos y de carácter abierto, y solo se muestran recelosos en tratos con los cristianos, los invasores de su país; constantes en sus empresas y de un valor que excede en mucho al de los malayos, serviciales y amantes en extremo de la libertad individual y de la vida nómada. Yo mismo recibí en el país de los Irayas, hácia el occidente de la cordillera de Palanan (2), una prueba expresiva

(1) No es, por lo tanto, completamente exacto lo que dicen Urville (*Prischard*, tomo IV, pág. 636) y Earle (*Journal E. I. Archipel.*, tomo III, pág. 636) que las razas negras orientales, papuas ó australianos, nunca emplean el tatuaje como adorno, distinguiendo de este el hacerse incisiones en el cuerpo con instrumentos cortantes. Los habitantes de las islas Carolinas, mezcla de papuas y malayos, también siguen la misma costumbre, y han perdido la de hacerse incisiones. Ambas maneras de pintarrajearse el cuerpo reconocen el mismo origen, ó sea la tendencia á embellecer la persona.

(2) Véase mi detallado estudio sobre estas tribus, publicado en la *Revista de Geografía general*, tomo X, páginas 249-266 (*Zeitschrift für die gesammte Erdkunde*.)

de su naturaleza verdaderamente bondadosa. En la mitad de esta tribu hallé una acogida muy poco satisfactoria, y parecia que sus individuos se abstendian de todo trato con los negritos; en la otra, relacionada íntimamente con ellos, me recibieron, al contrario, con una cordialidad que hace el recuerdo de las semanas pasadas allí uno de los más gratos de mi vida de viajero. La conducta de los negritos hechos prisioneros por los españoles y educados en Manila, confirma el invencible amor que á su patria y á su vida nómada é independiente tienen; es, sin embargo, erróneo considerar como el rasgo característico de estos pueblos sin necesidades, la insuision y la vida errante entre las montañas y en las costas. Estas tendencias son resultado de las persecuciones sufridas, por parte de los malayos durante siglos, y sobre todo por la division, siempre creciente, de relaciones políticas entre las diversas tribus de esta raza negra. Todos los pueblos llamados salvajes ofrecen cierta propension al aislamiento, y siendo escasa la densidad de poblacion nunca llegan á estrechar los lazos sociales que les unen, formando entre ellos bandos enemigos, que vienen á imposibilitar sus relaciones; de ahí nace su amor á la independencia individual, y la necesidad de la vida colectiva de mayores masas, que no es sentida, debe forzosamente faltar en semejante forma social. A esta situacion de los grupos de familias aislados corresponde la pérdida paulatina de sus cualidades características, resultado del perjudicial influjo de la carencia de vínculos sociales entre tribus afines, y hasta se sigue el olvido del idioma (3), y se imprime en su vida ordinaria el sello del clima durante el trascurso de la lucha por la existencia, que se ven obligados á sostener.

(Se continuará.)

(3) Parece un hecho el haberse perdido el dialecto propio de los negritos filipinos, como dice Pritchard (pág. 232), apoyado en la opinion de distintos autores. En el pequeño vocabulario que formé en la costa oriental de Luzon, y que pienso publicar en una obra descriptiva de Filipinas, constan, sin embargo, algunas palabras que se separan de la semejanza que con el tagalo y otros dialectos tienen las demás. No hubiera mencionado esto si el Padre Mozo no afirmase en su ya citado libro (*Misiones de Filipinas*, pág. 101) que todas las tribus negras del Archipiélago hablan el mismo idioma, diferenciándose en esto de los malayos, que poseen tan numerosos dialectos. Por mucho interés é importancia que tenga reunir los restos del casi extinguido idioma de los negritos y salvarlos del olvido, es un estudio difícil é ingrato. Los viajeros solo pueden recoger algunas palabras aisladas y me parece excusado esperar que los misioneros católicos hagan un estudio más completo.

ENTRE EL MAYON Y EL ISAROG.

IMPRESIONES DE VIAJE.

En marcha—Sorsogon—La casa de Bacon.

Quería formar un cuaderno de serias impresiones de viaje, y para conseguirlo me embarqué en la capital de las dos mil islas filipinas, encontrándome á las veinte y cuatro horas navegando entre Mindoro y Batangas pasada la placentera isla Verde y á la vista el bellissimo volcan de Albay con su plumage de humo extendido en gaseosos bellones transparentes hasta desvanecerse.

A los dos dias y medio era de noche y hendía el barco con lentitud y sondeando la líquida planicie de un puerto. Era la concha de Sorsogon, extensa y risueña curva formada por las olas que besan dulcemente la arena de la playa que convida á establecer veinte ó treinta elegantes pantalanos para embarque y desembarque de pasajeros y de mercaderías (1)

Cinco viajeros nos habíamos puesto de acuerdo para ir juntos hasta Albay, y tan breve fué nuestra estancia en Sorsogon, que apenas pude disponer de una hora para visitar el pueblo de casas desparramadas, como las palomas cuando huyen del tiro del cazador.

—Es verdad, dijo un viajero que me acompañaba, que el pueblo es así menos bello que con calles bien alineadas y tocándose las casas en cada acera; pero así disfruta mas fresco y puro ambiente que el de una ciudad murada. Si no hay plazas bien cuadradas y artificiales *squarts*, cada vivienda tiene uno ó mas frentes con frondosos árboles, y á falta de paredes medianeras, espaciosos corrales, y á falta de conversaciones de vecindad, se entretienen útilmente dentro de casa tejiendo telas, y fuera de casa no pierden de vista el hombre y la muger el taller de la agricultura, de la vida campestre, trabajos que como, la industria, no debían separarse de nosotros mas que un dia á la semana.»

Sorprendíame el razonamiento del compañero de viaje, y fijándome en su fisonomía mas atentamente que hasta entonces, y á la clara luz de la luna tropical, reconocí la seria expresion de un hombre pensador.

Despues de breves momentos le respondí:

—Hay que conceder mucho al sentimiento

social, causa principal de la reunion del caserío en torno de las iglesias y de los castillos, y origen hoy de las construcciones urbanas, centro de una refinada cultura.

—Sí, repuso el viajero; al sentimiento social se le sacrifica el sentimiento de familia, y por eso se ha creado una humanidad de plaza, de calle y de callejuela, un modo peculiar de variar de trage con frecuencia, y hasta cierta forma de andar, costumbres frívolas y hábitos holgazanes.

—La carretela, señores! gritó un teniente de justicia. Esperan á ustedes los otros tres pasajeros.

Con esto cesó una discusion difícil y que envuelve cuestiones dignas de estudio.

Queríamos ir á Albay, al mar Pacífico, desde la orilla del mar de China que baña á Sorsogon; y para ese tránsito subimos á la ancha carretela del obsequioso gobernadorcillo, y cruzando rápidamente un istmo mucho mas corto que el de Suez, por entre claras arboledas y casitas de pobres y de acomodados, siempre por la llanura, llegamos á Bacon en una hora.

Bacon está en la orilla del Pacífico, de una bahía: la bahía de Legaspi. En Bacon reside una señora de sentimientos levantados y sobre todo muy españoles. Modesta vecina de un pueblo pequeño, Doña Rosa, trata bien á los que hospeda. Su simpática fisonomía conserva en el verdor de la edad madura la frescura de la juventud embellecida por los perfiles de la reflexion, donde se retrata la bondad, cierta beatitud y la nobleza del corazón. Sin mas allegados que los españoles que la visitan y á quienes trata como á hijos, y un diluvio de sobrinos que protege, vive sola con sus domésticas, goza de tranquilidad y es muy respetada. Nació allí, y no ha extendido sus viajes mas allá de Albay, porque hace falta en su casa, porque la sería muy sensible que al entrar viajeros en su posesion, ella no se encontrase allí, y porque Bacon es el punto preciso de embarque para Legaspi, habiendo partido de Sorsogon. Llegados á hora tan inconveniente como las doce de la noche, nos sirvió chocolate, improvisó cinco camas con mosquitero, nos dispuso á la mañana siguiente el desayuno, á las diez el succulento almuerzo, y nos ofrecía un baile si consentíamos en quedarnos otra noche. ¡Lástima fué no poder aceptar! Se opuso con voz persuasiva el que me acompañó á recorrer Sorsogon.—«Cuando la voz del deber, dijo,

(1) El alcalde interino de Albay, señor Barroso, puso la primera piedra para un muelle, poco despues de nuestro viaje.

suena imperiosa en nuestro fuero interno, las almas nobles procuran cumplir su misión. El que no tiene deberes necesita creárselos.»

*

El arraez indio y un voto de confianza.

Entre Sorsogon y Bacon habíamos corrido de 9 á 12 kilómetros, y á doscientos metros de la hospitalaria quinta de Doña Rosa llegaban, por intervalos, en acompasados murmullos, las olas de una gran bahía, menos pacíficas que las del puerto que dejábamos á la espalda.

Sin desnivel sensible el tránsito de esa flecha de terreno que media entre dos mares, no costaría mucho tiempo ni gran trabajo comunicar una con otra la concha bien redondeada de Sorsogon, con la larga y desigual de Legaspi, ó lo que es lo mismo, el mar de China con el mar Pacífico, un puerto seguro con una bahía desamparada, evitando así á los barcos el embate, algunos meses tormentoso, de las corrientes del estrecho de S. Bernardino.

Este pensamiento nos ocurrió casi simultáneamente á los cinco viajeros, como acude rápida la necesidad de una escalera para subir á una casa. Hay mejoras locales tan evidentes como los axiomas; no admiten discusión.

Nos despedimos con sentimiento de la casa de Bacon, impresionados del buen recibimiento y del trato exquisito de Doña Rosa.

En vano se buscó un barco bueno para atravesar la bahía del Pacífico, y hubo que resolverse á componer en una hora las averías de un viejo *parao* donde nos encajonamos mientras se ajustaban, como sardinas, los domésticos en un baroto; y el baroto por la orilla de la costa, y el *parao* por el medio de la bahía, nos dimos, no á la lona ni al vapor, sino á la estera y al remo.

El atravesar desde Bacon á Legaspi, en un agujereado *parao*, es empresa de 15 á 30 horas, si el viento y la corriente no favorecen á la vela de bejuco que suelen llevar estos barcos; y esa vela es tal vez mas propósito para tumbar el pequeño bagel en días de borrasca, que no para acelerar la marcha en horas plácidas; y por esta segunda razón y por la de hacer mucha agua los podridos fondos del *parao*, nos hallábamos *parados*, y sin provisiones á las 11 de la noche, habiéndonos embarcado á las 4 de la tarde.

Nuestro piloto había prometido llevarnos en ocho horas á Legaspi; y bien alimen-

tados, omitimos el hacer víveres á pesar de las cinco horas trascurridas desde la última comida hasta el momento de navegar.

Iban pasadas doce horas sin alimento; algunos remeros dormían; noche sin luna; á la derecha el volcan Mayon, negro gigante, con sus prolongados estribos en forma de rampa; á la izquierda, y lejana, una costa depresa y sombría, con un cabo ó punta abultado, que se interna algo en bahía, de la que parece el vigía; al frente, horizonte de monte bajo, color aturbonado, aquelarre de brujas; y próximo á este frente Legaspi, puerto sin muelle, playa sin abrigos, sin belleza, sin perspectiva, mirada desde las aguas. ¡Situación romancesca y poco envidiable! ¡Magnífica parada y soberbio *parao* si el mar se alborota!

Si por dicha ó desventura os embarcáis como nosotros algun día, queridos lectores, á merced de un arraez en un baroto, panca, panco, ó *parao*, tened presente que cuando el indio se propone navegar hácia rumbo determinado, no le gusta trasnochar á remo, sino trasnochar á vela, porque no lleva remeros de repuesto; y trasnochar á vela significa estarse parado ó arribado cuando no hay viento ó corriente favorable; y algunas veces significa volver atrás; sin que por esto ese navegante le ceda muchas veces en persistencia y sufrimiento al mas experto y osado marino. ¡Constancia ó tenacidad tal cual imprudente para el manejo de un buen barco, y peligrosa si es un bagelillo de difícil gobierno en mar brava!

Y como el remero indio acostumbra á reposar hasta el alba, si ha trabajado seis ú ocho horas, es preciso que la maréa sea favorable, ó que lo sea la brisa, para que el arraez no se decida á pararse en medio de las olas, descanso cómodo para él, molesto para los pasajeros, balanceados por la barquilla, y mucho mas haciendo esta un cántaro de agua cada cinco minutos.

Y es valor, muchísimo valor, meterse en esquife sin quilla, fragil palo por mástil, estera trasparente de vela, y delgado bramante á guisa de obenque; y esperar, y esperar, y esperar..... parado, la voluntad de Dios.

Allí estaba sentado sobre una tabla, junto al timon, en indolente actitud, algo adormitado, y decidido á esperar la maréa entrante, ó el viento; ó la mañana. Si la ola engruesa, se despertará del todo; si aumenta agua el barco, no echará al mar ni una sola malleta de la carga; á punto de zozobrar, calla el peligro á los pasajeros; si se rompe, si

vuelca, si se estrella el pequeño esquife, se agarrará al bulto mayor de obra viva que sobrenade, á buscará la obra muerta ó la muerte, porque ha oido decir que los castillas comandantes de barco prefieren perder la existencia á trueque de salvar á los pasajeros.

Tal es nuestro arraez, y en otras ocasiones no los he observado mejores.

Dos horas hacía que la barquilla era empujada por la corriente mar afuera; los remeros descansaban, y tambien mis compañeros de viaje.

¡Dichosos ellos, mas resignados que yo, y engolfados en la ilusion de que el barco andaba!

Yo ni dormía, ni reposaba, ni hallaba espacio para la almohada, ni apoyo para los brazos, ni horizontal donde estender las piernas. Mi tormento igualaba al de aquellos infelices que el refinamiento de crueldad de la edad media encerraba en calabozos de piso curvo y techo bajo que no les permitian estar de pié, ni sentados, ni tendidos.

Este malestar manifestado en sentidas razones, alarmó al punto á los que dormitaban; y preguntaron si el mar se alteraba, aunque pronto se convencieron de que el único alterado era yo, y el mas inalterable el barco, y que esa quietud de este y aquella inquietud mia me compelian á llamarles para tratar seriamente la cuestion de arribada; porque no hay cosa mas pesada que una mala noche, cuando puede ser buena, y estar despierto cuando se debe dormir, y soportar que los demás descansan encogidos cuando uno se mortifica sin poderse encoger ni estirar.

El mas jóven de los viajeros, ilustrado funcionario público, se incorporó al oír mis razones hasta sentarse como pudo y prorumpió en apóstrofes amigables contra mi, calificando de importuno el despertarle para hablar de cosas que no entendía, y alegó jaqueca; y se estendió cuanto es posible hacerlo en un potro. Un sensato alcalde entabló un corto diálogo con el arraez, arguyendo en consecuencia, que era mas prudente aguantarse y dejar ejercer su oficio al que lo sabe, y se contentó con que se empleasen dos remeros en sacar agua del barco. Otro viajero cesa en sus ronquidos, sin duda por ser mas fuertes nuestras voces, y se abstiene de dar su voto en la cuestion, recomendándonos el sueño.

¡El sueño! ¡la asfixia del pensamiento, del estómago y de la locomocion! ¡dentro de un parao, haciendo agua, y en una bahia desamparada! ¡Pecador de mí, que fui el que

mas hablé, sin llegar al alma de mis oyentes!

En esto tomó la palabra el viajero que ya nos había decidido á partir pronto de casa de Doña Rosa, y á quien calificué de hombre pensador, y del cual habiamos respetado el sueño.

—A riesgo de pasar por cobarde, dijo, (lo cual era llamármelo á mi tambien) quisiera hacer comprender á ustedes lo impertinente é inútil de semejante situacion, y pedir facultades para entenderme con el arraez y salir de esta calma peligrosa. He navegado mucho, y sé por experiencia que en estos débiles, esquifes se debe pasar la noche orilla de tierra, ó arribar antes que permanecer así; porque si se levantase un ventarron contrario nos echaría á alta mar sin gobierno; y considero que no nos es indispensable estar de guardia en este punto.

Mi pensamiento hallaba por fin un apoyo, y ningun voto de confianza fue nunca pedido con acento de contriccion mas profunda. Nadie duda. Todos le concedieron el voto.

Entonces el viajero se puso de pié en una tabla sujeta sobre las bordas de popa, sin apoyarse en la tolda de bejuco del parao, lo que revelaba mucha costumbre de permanecer firme en los balances; miró con serenidad al mar, y luego cara á cara al arraez, á quien interrogó así:

—¿De aquí á Manito cuantas horas?

—Señor, no Manito, corriente contra.

—¿Hay algun pueblo al pié del volcan? Á esta pregunta nos sentimos sobrecogidos.

—Hay, señor, volcan, no pueblo.

—¿Dónde, pues, hay playa próxima, allí, á la derecha del volcan? Conozco el nombre de un sitio ventajoso para desembarcar hácia ese punto, pero no recuerdo el nombre.

Esta insistencia de acercarnos al volcan hizo sospechar, á algunos, del forastero, y no faltó quien quiso retirarle el voto de confianza.

—Nos quereis acercar al volcan! exclamó el mas desconfiado.

—Quiero que nos acerquemos á una playa hospitalaria, y la que conozco cerca del volcan es la menos peligrosa. Hay un pueblo donde jamás se han experimentado los efectos de las erupciones.

—Allí señor, mano (1) del volcan; Libog, señor, pueblo, dijo el arraez.

—Ah, sí, Libog, ese es el nombre; y en

(1) *Mano* es un tropo filipino *sui generis* que significa á la derecha.

en Libog caballos, coches para Albay.

—*O po, ó po.* (2)

—¿Y cuanto tardaremos en llegar á Libog?

—Dos horas.

Los desconfiados volvieron en sí, pues donde habia caballos y coches, y sobre todo vecindario, no era inminente el peligro del Mayon, por mas que el pueblo estuviese situado al pié de la escalinata de colinas que sirven de apoyo al volcan por la parte Norte.

Arrepentidos de haber dudado de un pasajero tan previsior gritaron todos: ¡A Libog, á Libog!

—A Libog remeros! gritó tambien nuestro compañero con toda la fuerza de sus potentes pulmones.

Y añadió:—¡Fuera vela!

He aquí cambiado en pocos momentos el espíritu de la pequeña asamblea del parao. Añadid á esto que el interesante desconocido abrió con llave un cajoncito y sacó de su continente salchichon de Lyon y una botella de Borgoña, aceptados por nosotros con un afan que solo comprende el hambriento.

—Usted es D. Previsiones, exclamé, y de ahora en adelante no le reconoceré por otro nombre. Se parece V. al piloto de los argonautas, á Roger de Lauria, á Hernan Cortés, á la prudencia misma.

—Bravo, gritaron todos.

De mala gana viró al arraez, sin comprender nuestras cautas razones no marítimas; y todavía nos consultó para variar de rumbo, con el pretexto de cierta brisa favorable precisamente cuando despues de una hora de remo divisábamos de cerca la cañada que desde el pié mismo del volcan conduce por una magnífisa alameda, digna de Versailles, al pueblo de nuestra arribada.

Entre el Mayon y el mar habiamos preferido dormir al pié del Mayon. ¿Por ventura no se duerme tambien al pié del Vesubio? decía Mirabeau. El voto de confianza dado á D. Previsiones nos proporcionó chocolate y una noche tranquila sobre sendos petates, en la sala de la casa del gobernadorcillo, cuya habitacion no se balanceaba. Al amanecer subieron á un coche de cuatro asientos nuestros tres compañeros. El respetable D. Previsiones y yo preferimos viajar á caballo.

Habíamos de llegar á Albay en dos horas, sin haber soportado la mala noche que pasarían en el baroto los domésticos, y sin deseos de recordar aquellos retruécanos de Lope de Vega:

(2) *O po*, expresion tagala; equivale á *si señor*.

¡Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola!

*

D. PRUDENTE Y D. PREVISIONES.

El viajero á quien debíamos el favor de una noche tranquila, era un español muy versado en los dialectos filipinos, y de profesion doctor en medicina, además de reunir no pocos conocimientos generales. Aplicado al estudio de los problemas modernos, llegó hasta formar un cuerpo de teorías nuevas sobre muchos puntos que parecen reservados al porvenir. Poseedor de una fortuna, mas sólida que grande, empleaba el tiempo en estudiar al hombre y á la muger, para resolver las cuestiones morales, en viajar por todas las naciones y estudiar sus leyes, para resolver las cuestiones sociales, y meditaba mucho sobre cada invento trascendental del siglo, apreciando de un modo algo matemático todas sus consecuencias. He aquí como me refirió su fé de bautismo explicada en términos precisos, y de qué modo tan delicado ofreció acompañarme en mis excursiones.

—Puede decirse de mi que no se me ha conocido ni se me conoce por el nombre de pila, nombre que por otra parte les es á ustedes indiferente. Los verdaderos nombres son los apodos aplicados á la cualidad mas noble de las personas, y esos son el origen verdadero de muchos apellidos. Durante los primeros veinte y cinco años de mi vida, en los colegios y en las cátedras me llamaban el papá mis compañeros de clase, sin duda por mi carácter reflexivo y observador; y durante los otros veinte y cinco me llamaban el prudente, por ser cauto con exceso para los asuntos de la vida, y en especial cuando escribía para el público. Acepto con gusto el dictado de Previsiones que me dais, y si peco de imprevision algunas veces, echaos la culpa á vos de la ligereza con que me habeis calificado en un momento de broma y cuando os creíais en algun peligro. Os acompañaré con placer en vuestra excursion por estas provincias del Sur de Luzon, y las impresiones de romanticismo que vais á buscar, dulcificarán mi sobbservaciones serias; pero hagamos un contrato prévio: el de satisfacer por mitad nuestros gastos de hospedage. Solo de esta manera viajaremos juntos.

Parecióme bien la proposicion, prometíendome con un hombre tan excelente mejores

impresiones que las que yo recibiera en un viaje solitario; y le contesté:

—Doctor, acepto; pero á mi vez os pongo tambien una condicion.

—¿Y cual?

—Que os sirvais comentar mis impresiones, prestarme vuestro saber, permitirme que vuestro análisis de filósofo figure en mi libro al lado de mis rasgos literarios; os pido en fin que seais mi consejero, mi maestro.

—Seré el consejero, amigo mio, el consejero nada mas, y perdonadme de antemano si mis consejos son alguna vez duros.

Nos estrechamos las manos y nuestros brazos se cruzaron. ¡Ah! esta amistad moral no se romperá nunca.

De Libog á Legaspi pasamos por once puentes de troncos de árboles. El carruage crujió once veces prolongadamente y nuestros caballos se hundian hasta las rodillas en la oscura arena de la calzada, orillada, á trechos, de piedras negras, algunas de gran tamaño. Dicen que son volcánicas, caidas no se sabe cuando. En estos arenales ó en otros sitios se hubieran tomado por aerolitos. La capa exterior de la carretera es pura ceniza ó lava calcinada.

—Hay algo en estos contornos, dijo el doctor, que impulsa á la imaginacion á divagar sobre lo que sería la tierra en los tiempos primitivos. Una atmósfera sobrecargada de gases depondría lentamente su parte menos necesaria, y todas las cercanías de los volcanes formados por las múltiples filtraciones de los primeros fluidos, se inundarían de peñascos y de toda la riqueza mineral en agregaciones informes. Las lomas y las colinas no serían mas que grandes burbujas, excrescencias que la presion interior de hornos poco profundos produciría en las materias exteriores, ya diseminadas de mil modos con sujecion á leyes físicas. Mas lejos de las colinas y á una distancia de los volcanes como á la que estamos del cono del Mayon y que podemos apreciar en cuatro leguas, se esparramarían las cenizas en razon directa de la altura y fuerza de expulsion, é inversa de la distancia. Y mas lejos, fuera del segmento de círculo trazado por las cenizas, se estenderian los pantanos, alguna tierra endurecida, las primeras praderas, el mangle, el otero, la selva.

—Todavía, añadió, no había tomado consistencia la capa térrea, y eran entonces indispensables esos bajos y altos hornos que nos dibuja el volcan.

—Sería hermoso, doctor, el espectáculo de

esos primeros dias de la creacion. Las flámeas valcánicas iluminarían de noche los horizontes estrechos de todas las comarcas. En el sombrío valle se oirían los primeros trinos de los pájaros; los insectos ensayarían su monótono susurro; las frutas caerían de los árboles convidando al delicado sabor primero; las plantas aromáticas embalsamarían los blandos céfiros. Pero la locomocion sería entonces difícil.

—Es probable, amigo mio, que no se viajase. Se discurriría. Debieron preceder á la preparacion del paraiso terrestre voluciones grandiosas. La creacion del planeta vino antes que el hombre y la muger. Despues, una vez algo solidificada la capa terrea por la accion de los crisoles subterráneos, que daban forma á la naturaleza y segura, aumentada esta mas ó menos por el influjo exterior, segun los climas, no habría dificultad en pisar lava empotrada ó desconpuesta, ceniza humedecida por la atmósfera, orillas de bosques alfombradas de hojas secas, pendientes pedregosas y mesetas endurecidas.

—¿Y las montañas, como se formarían?

—Los geólogos no lo explican satisfactoriamente. Hay quien sostiene que la tierra procede de la materia ignea, del fuego planetario, y otros afirman que todo procede de la materia gaseosa ó de la materia fluida. En cualquiera forma que procediese el Hacedor á la estructura del mundo, hay muchas razones para creer en dos formaciones de montañas: primeras ó généricas, ó sean grandes cordilleras continentales ó submarinas; segundas ó secundarias, derivaciones hacinadas ó escalonadas por la accion geológica general.

—¿Y los rios?

—Sobre estos no hay doctrinas opuestas, una vez cerciorados los geólogos, por los estudios físicos, de la facilidad con que en las tierras se filtran las aguas del mar y se purifican, y convencidos de que la flora de las montañas y de la llanuras envía á la atmósfera gases que condensados se precipitan en lluvia.

—Una última pregunta. ¿En que textos habeis estudiado vuestra geología, querido doctor?

—En la razon natural, de acuerdo en el fondo con las creencias y hasta con muchas antiguas fábulas. Hay dos sistemas geológicos principales, como sucede con todas las ciencias, mientras son hipotéticas. Los unos, los mas, sostienen la teoría de los fuegos centrales y el enfriamiento suce-

sivo de la corteza del globo que se convertirá en una bola de nieve; y los otros, sin atreverse á fórmulas sobre el aniquilamiento del planeta, se inclinan á considerar perpétua, aunque trasformable, su fertilidad, dudan de la teoría de los fuegos centrales y sostienen que el calórico se extenderá sucesivamente, si bien con lentitud, hácia los climas helados y llegará á los polos.

—Entonces, repuse, según unos el mundo es viejo, puesto que deben ser muchos los volcanes apagados y son muchas también las regiones heladas, indicios de que los fuegos centrales pierden en intensidad como en extensión, desde hace siglos; y según los otros, el mundo no ha llegado á la edad juvenil, al período de su perpétua hermosura, ó su completo desarrollo geológico, que ha de alcanzar cuando se apaguen todos los volcanes y cuando el equilibrio atmosférico abarque todos los que hoy llamamos climas. ¡Ay, doctor, esta última opinión me parece muy aventurada.

—Pues es la hipótesis que va más de acuerdo con la física y con la cosmología. Todavía el hombre no conoce su habitación á su cárcel; quedan por conocer las tierras y mares polares y otros contornos, y vuestras dudas nacen de creer que todo lo ha de hacer Dios, ó lo ha de haber hecho, siendo así que al hombre le restan grandes obras reservadas á la perspicacia y al desarrollo humanos. Opino también que el mundo es joven, sin que deje de ser algo verdad el principio de las capas geológicas, esa clasificación constituida en primeras nociones de la ciencia.

Llegamos á Legaspi, pueblo de mala apariencia, calles mal afirmadas, dos pantalanés, y regulares casas. Allí adquirimos buenos amigos, para lo cual es preciso á veces, viajar; y entre esos dí con un paisano, un bago (1) todavía no impregnado del color local de esta tierra, y sí superabundantemente en la memoria de Castilla, donde nacimos ambos. No pocos recuerdos de muchos años pasaron por mi imaginación, referidos por la vivaz y dramática del que conserva aun calientes los de la felicidad lejana, de ese idilio suspendido por la ausencia que hace repetir:

Como la palma, en medio del desierto,
Inmóvil quedas en la mente mía.

(Se continuará.)

S. M.

(1) Se llama en Filipinas al que lleva poco tiempo de país.

FILIPINOS Y FILIPONES.

AGAPITO MACAPINGAN.

(MEMORIAS DE UN CRIADO TAGALOC.)

Dos palabras á modo de introducción.

No voy á escribir una novela, ni menos un cuento, ni tan siquiera un artículo de variedades de los que publican aquí los periódicos diarios. Los que crean hallar en este trabajo la relacionada trama y las escenas bien preparadas de las primeras, la fuerza de imaginación y la galanura de lenguaje de los segundos, los golpes de efecto y el fin moral ó jocoso de los últimos, que pasen por alto esta hoja y las que en los números sucesivos de la REVISTA nos ocupe *Agapito Macapingan*. No debo engañarles: antes de presentarles la mercancía, debo, como el tratante de buena fé, decirles sus cualidades.

Agapito Macapingan no pretende ser más que una narración, un relato: lo que en él se encuentre, lo he copiado del natural, lo he tomado de la viva voz, lo he escuchado y lo transmito: no es mío.

Al indio se le oye poco: yo creo que se hace mal, porque el indio, cuando habla, dice también cosas buenas: la cuestión está en entenderlas ó en quererlas oír: muchas veces en el nebuloso lenguaje de un indio se encuentra una lección provechosa, una enseñanza útil, un consejo oportuno.

Yo he tenido el capricho de oír á mi criado: á mi criado, sí; á ese ser que parece mecerse en un sueño continuo, tardo en sus movimientos, torpe en su comprensión, difícil en su lenguaje, abandonado y poco limpio, perezoso y embustero, supersticioso y de ancha conciencia.

Me contó su historia.

Y en los caprichosos giros de su relato, en el intrincado laberinto de su expresión, en sus extrañas imágenes y figuras retóricas, en las dificultades con que tropezaba para buscar en un idioma extraño para él, las frases necesarias para redondear un pensamiento, he hallado observaciones curiosas, reflexiones atinadas, descripciones completas.

Mi criado hablaba y yo escribía.

El se explicaba unas veces en castellano, otras en tagalog, y otras ni en castellano ni en tagalog, y yo procuraba dejar consignado en el idioma de Cervantes lo que el

pobre indio, moreno de rostro, de baja estatura, y con los piés descalzos, me iba diciendo.

Lo que entonces escribí, es lo que hoy empiezo á ofrecer á los lectores de la REVISTA: la narracion quizá se resienta de falta de método, de falta de órden, de falta de reglas literarias: no lo dudo; la he conservado en lo posible en toda su pureza primitiva, con toda la volubilidad propia de una imaginacion poco desarrollada, con que me fué referida, con todos los defectos de plan que la hacen inadmisibile como novela, como cuento y como artículo de variedades.

Los lectores saben ya lo que les aguarda: mi conciencia queda tranquila: habla *Agapito Macapingan*.

I.

De como cada indio es hijo de su padre y pasa la pena negra en los primeros años.

Tuve la suerte de ver la luz del sol en un oscuro pueblecillo de la provincia de Bulacan, uno de los mas amenos vergeles del archipiélago filipino, rico en palay, en azúcar, en mangas, en cangrejos, en amas de cría y en carromatas. No podria determinar la situacion geográfica de mi pueblo, sin apelar al diccionario del P.^o Buceta: se ha escrito muy poco sobre esto, y los últimos datos estadísticos presentados por el Gobernadorcillo, no me merecen respeto, por que tengo entendido que, poco versado en lo de grados, como no fueran los del vino de coco, menos enterado en longitudes, latitudes y meridianos, cometió el desliz de situar mi lugar natal en San Francisco de California: renuncio, pues á ello.

El nido en que trascurieron mis primeros años lo había tapizado la naturaleza con verdes sementeras y un raudal de cristalinas aguas, y lo habían limitado los hombres con unas quinientas casas, la mayor parte de caña y nipa, de tabla y harigues el menor número y de piedra y tabique pampango, solo dos: la casa de Dios, ó sea la iglesia, y la de su ministro, ó sea el convento.

Mi pueblo, como puede juzgarse, no era muy grande: las quinientas casas se repartian en cuatro calles y una que llamaba el Padre plaza pública: en las primeras no reinaba el órden y la limpieza que despues ví se guarda en Manila en las vías abiertas para todo el mundo. Al lado de una casa de nipa amplia y desahogada, nuevecita, con antepechos de madera en las ventanas

y cierres y pavimento de tabla, se veía un covacho viejo, derrengado, de anájao medio consumido por la accion del tiempo, con piso de saji, y que se retorcia sobre sus harigues de raiz de caña-espino, como se retuerce un hombre atacado de un violento dolor de estómago. Ambas construcciones tenían su pedacito de terreno, su marco, digámoslo así, de verde follage, formado por las ramas de la bonga, de la ampulosa manga, del enhiesto santol y del erguido cocotero, de entre los cuales solian salir los brazos descarnados, horizontalmente rectos, del búbuy, á cuyos extremos pendia, como los zarcillos de la oreja de una dalaga, la baya corta y rechoncha del algodón.

A la sombra de estos árboles vivian y se desarrollaban tranquilamente, una nube de perros, pequeños y raquíticos la mayor parte, varios cerdos con sus crias, y algunas gallinas con sus polluelos. Todos estos animalitos tenían establecida una sociedad amigable; entraban, salian, vagaban é iban de un lado para otro, lo mismo en la calle que en los terrenos inmediatos, sin que nadie se metiera con ellos, ni ellos se metieran con nadie. Esta dulce libertad de aquellos irracionales, hubiera sido turbada seguramente, si en la localidad hubiéramos contado con periódicos, porque despues he tenido ocasion de convencerme de los furibundos ataques que, en las poblaciones grandes y civilizadas, se dirijen por la prensa á los pobres animales que, obedeciendo á su instinto de libertad, se atreven á trasgresionar los matemáticos bandos de policia urbana.

En mi pueblo no habia bandos; es decir, de policia urbana: solo habia bandillos, y eso cuando lo mandaba el Sr. Alcalde, que no solia ser con gran frecuencia. Así es que las calles no estaban tiradas á cordel, ni mucho menos, el zacate ó la grama no se quitaban jamás de ellas, como no lo arrancase ú hollase las pesadas ruedas de los carretones que acudian al mercado; el riego público y aun el privado, no se conocían mas que cuando lo mandaban las nubes; los caballos y carromatas caminaban al paso que les daba la gana, que siempre era el mas rápido posible; las casas no estaban numeradas, ni tampoco hacia falta, porque todo el mundo conocía quien las habitaba, y en cuanto á los perros y otros bichos, ya he manifestado que iban y venian por donde mejor les parecía, sin que se hubiese soñado nunca para los primeros en esa horrible y sofocante chocolatera que llaman bozales.

¡Y cuidado que habia perros en mi pueblo! Los indios no matamos nunca á esos fieles amigos del hombre: si una perra dá á luz ocho de estos animalillos, á los ocho se les respeta la vida: poco importa que no haya comida para todos. Los indios no nos preocupamos por eso: los perros comen lo que pueden y donde pueden, así es que lo general es que no estén muy medrados, y como á «perro flaco todo son pulgas», resulta que si los perros no comen, en cambio se los come á ellos una falange de parásitos que tienen su clasificacion entre los ápteros y los sifonápteros, segun los entomólogos.

La plaza pública de mi pueblo era sin disputa lo mejor del lugar: el átrio de la iglesia se llevaba la mayor parte del terreno, y ocupaba además el frente principal: el tribunal se hallaba á la izquierda, en un modestísimo edificio sin carácter ni respetabilidad cívica, y que se cobijaba bajo la sombra del campanario de la parroquia, como los polluelos bajo las alas de la gallina: aquella proximidad de la casa de Dios y la casa de la justicia, simbolizaban la ley al amparo de la religion; y como el piso bajo del tribunal servia á la par de cárcel pública, podian los desgraciados delincuentes elevar sus miradas á la hermosa cruz de Cristo, desde las rejas de caña de su prision.

Tal era mi pueblo y su colorido especial, que es el mismo, á corta diferencia, del de todos los pueblos de Filipinas: allí vine al mundo por obra y gracia de la Providencia y la de la bendita ñora Anday, famosa comadrona del lugar: esta tuvo á bien darme la vuelta en el vientre de la autora de mis dias, porque, segun decía, venía yo de pié, despues de haberle dado á mi madre una terrible paliza con un soberbio bejuco, para que se le fueran las brujas del cuerpo y me echára pronto al mundo, y despues tambien de haber avisado á ñor Titong, cuadrillero del pueblo, para que anduviera rondando por toda la casa, sable en mano y dando tajos, reveses y mandobles, á fin de evitar que el *asuan*, con su lengua tan sutil como una hebra de *júsi*, me devorara en el momento de nacer, y se entretuviera luego en hacer sufrir á mi madre los mas horribles dolores.

Nací, pues, por una feliz casualidad; pero tan flaco y desmedrado, que mas parecía un alma en pena que criatura humana: no me diéron besos al venir al mundo, porque mi madre era india y las indias no besan, huelen.

Me olfatearon, pues, como nuestra perra *lu-*

buc olfateaba á sus hijuelos, y sali de aquellas caricias tan manoseado y poco limpio, que se me extendieron por el cuerpo unas manchas encarnadas, á modo de cardenales, que creyeron algunos fuese un principio de humor herpético, pero que se me marcharon con el primer baño: las manchas no pasaban de la piel y eran la huella de los labios de D. Flaviano Macapingan, respetable autor de mis dias, dueño de la casa de nipa que habitabamos, de una partida de tierras baco-res de ocho balitas de extension, de media docena de carabaos de labor y de unos cincuenta pilones de azúcar, almacenados en el *silong*, por virtud de cuyos bienes y su probada honradez, mi padre habia sido nombrado cabeza del barangay número 18, cuando yo desgarré sus oidos con mis primeros destemplados llantos.

Mi venida al mundo causó sensacion entre el círculo de los amigos de la casa, y digo sensacion, porque fué objeto de un soberbio convite con baile y panguingui, en el que mi padre tuvo la debilidad de enterrar la mitad de los cincuenta pilones de azúcar, mal baratados á tres pesos.

El dia del bautizo fué el designado para la reunion, y aunque mi cariñosa madre no podia moverse del *silit*, porque aun se temia que las brujas anduvieran rondando su atmósfera, para colársele de nuevo en el cuerpo por el menor resquicio, participó tambien de la fiesta con un soberbio plato de *sotanjú* y el indispensable lechon asado, que no falta en ninguna de nuestras fiestas.

La música era desgarradora; pero en cambio era estruendosa, que es condicion precisa en todas nuestras músicas, pareciéndonos en esto á los chinos que, á fuerza de ser los peores filármonos del mundo, consideran como la mejor, la orquesta que arma mas ruido. La ópera no habia venido aun á desarrollar en la capital y á extender por todo el archipiélago, la aficion á las obras de los primeros maestros, á las piezas delicadas, á esa música de encaje y filigrana, y la banda de mi pueblo solo conocía y ejecutaba, y eso exigiendo reemplazo mensual de parches en el bombo y redoblante, siete pasos dobles, cinco danzas, tres polkas, dos valeses y medio rigodon, copias todas de las músicas militares, que á su vez tomaban buenamente lo que les servía la suscripcion á los «Ecos de Marte»

Mis primeros meses fueron un tegido de desdichas, debidas todas, segun la incontestable opinion facultativa de ñora Anday, al

embrujamiento de mi madre; pero segun el R. P. Zacarias, cura del pueblo, al que fui presentado un domingo despues de misa, á la falta de cuidado y método, al incompleto y poco nutritivo plan de alimentacion de la autora de mis dias, que con su afición al *gulay* de *patola* y *sítao*, al *quilawing* con camaroncitos, á las ciruelas y el *lomboy*, y á los colorados *alimanños* que se dan en los esteros de la provincia, no elaboraba el lácteo alimento que mis famélicas fáuces imploraban á grito herido.

Fuera la causa la que quisiera, el caso es que yo padecí alferecía, de una rabieta porque no mamaba, padecí escrófulas ó bubas, algunas de ellas tan grandes como *santoles*, por no se qué cosas que mi padre tenia en la sangre, padecí culebra, que afortunadamente no me pasó de la cintura, aunque, como el áspid de Cleopatra, debió clavarme su ponzoña en la tetilla izquierda, segun decía ñor Titong, que tambien la habia tenido, pasé la viruela y el sarampion y creo que luego me salió lepra, ó una cosa muy parecida, en términos que faltó muy poco para que me llevaran al cementerio, que era por cierto un sitio inculto, cercado con bojós, á través de los cuales habian pasado á pastar en mas de una ocasion las yeguas y los carabaitos del juez de sementeras y ganados.

Las terribles afecciones que he señalado, y especialmente las enfermedades de la piel, son muy comunes entre nosotros los indios: nuestra descuidada manera de vivir y nuestra alimentacion viciosa é insana,—pescadillos y mariscos la mayor parte, condimentos salados y ácidos y sobre todo frutas verdes ó en incompleta sazón,—nos exponen constantemente á dolencias pertinaces y muchas veces repugnantes: pocos chicos de indios se vén con los colores y la robustez de la salud en el rostro y sin el cuerpo lleno de manchas ó cicatrices.

La viruela es otro de nuestros mas terribles azotes, y la que yo pasé se cebó cruelmente en mi rostro, dejándome huellas profundas, que, por fortuna, los años se han encargado de ir borrando poco á poco. No sirven de nada los vacunadorcillos de las provincias, mal provisionados de virus y peor pagados, cuando no pueden extender su benéfico mision á todos los pueblos, y cuando, apesar de que la extiendan, luchan con la fuerza de inercia de los naturales: sobre esto quizá diga algunas otras palabras, en diferente parte de mi relato.

Para los indios en los primeros años hay

pocos cuidados, escasa vigilancia y torpe direccion; pero ocupándome solo de los cuidados físicos, diré, aunque todo el mundo lo sepa, que no usamos pañales, ni fajas, ni gorritos, ni otras mil lindezas por el estilo: una blusilla de carranclan ó de beatilla, que suele no pasarnos del ombligo, es todo nuestro atavio, y eso no siempre, porque es mas general que andemos en cueros, muy á nuestras anchas y á las de nuestros padres, que á la par que ahorran ellos el gasto de trapo y jabon para la lavada, nos ahorran á nosotros el trabajo de soportar el pudor, la decencia y otras cualidades de moral, tan necesarias en las criaturas, de suyo cándidas y propensas á creerse en el paraíso terrenal.

Si nos acostamos en el polvo, ó formamos consorcio con los perros y *bábuis* del corral, ó nos revolcamos en el *saji* de la cocina, sobre los restos de la comida, poniéndonos como cualquiera puede figurarse, á nadie la inquietan semejantes extravíos: el cuidado de la limpieza y la pulcritud nos faltan tambien, y suele nuestro cuerpo ser depósito de tristes miserias, á las que se juntan secreciones naturales que me creo dispensado de nombrar.

Pero me hago pesado en estos preliminares detallados de nuestros hábitos y costumbres, y voy á abreviar.

(Se continuará.)

FEDERICO CASADEMUNT.

CRÓNICA.

Al principiar su existencia la *Revista*, no es una somera reseña de noticias en una quincena, la que debe presentar á los lectores en esta seccion: mas oportuna sería una lata exposicion del cuadro político y social que ofrece el mundo civilizado, para que sirviera de punto de partida á sucesivos trabajos con carácter de historia contemporánea. Faltando espacio para ello, y aconsejando otras consideraciones hoy alguna circunspeccion sobre este punto, limitaremos á los mas culminantes acontecimientos el alcance de dicho propósito.

EXTERIOR. No del todo tranquilas y seguras parecen las relaciones internacionales en Europa, porque despues del terrible sacudimiento que representan para el equilibrio europeo las guerras de 1866 y 1871, ha quedado

en el fondo de las añejas suspicacias y rivalidades, algo que se parece á temor de nuevas sorpresas. Por eso es que nunca ha ido mas lejos que hoy la intemperancia del periodismo europeo en dar proporciones á asuntos que pasarían antes desapercibidos.

Notas recientes del Gobierno alemán á los de Italia y Bélgica, para que fuese reprimida la libertad con que algunos periódicos y el alto clero de ambos países demostraban sus simpatías al clero católico prusiano, poco dócil á nuevas leyes civiles que consideraba opresoras del orden eclesiástico y de las conciencias, han dado últimamente lugar á que, aun entre protestantes, se mirase aquel paso como una odiosa intrusión.

El hábil canciller del imperio alemán, que se apercebó pronto del mal efecto de las notas, presentó el cuerpo legislativo un proyecto de ley estableciendo penalidad para los casos en que los periódicos alemanes injuriasen á gobiernos extranjeros. Lo cual era como demostrar que no reclamaba sino lo que concedía anticipadamente para sostener amistosas relaciones.

Esta cuestion de las notas y su buena ó falsa base en el derecho internacional, ha sido tratada largamente y con acritud en los periódicos franceses y alemanes. A la prensa de Londres cabe la gloria de haber restablecido los términos de la discusion razonada y tranquila; exponiendo á la vez, de tan noble manera, las simpatías de su nacion hácia la Bélgica y hácia las instituciones y sentimientos lastimados en las ya célebres notas, que su opinion unánime, coincidiendo con la no insistencia del gobierno alemán, ha calmado todas las susceptibilidades, como si el mas fuerte de los poderes públicos hubiera hecho oír su voz. Tal es la importancia del periodismo sensato, independiente, íntimamente identificado con las ideas y los intereses del pueblo que lo sostiene.

ESPAÑA.—Restaurada la monarquía hace pocos meses, quedaba, á las últimas fechas, en la corte el joven Rey, acompañado de su Hermana la Princesa de Asturias, viuda de Girgenti. Los periódicos nos traen animadas descripciones de varios actos públicos, todos de elevada significacion, en que figuraban los dos augustos hijos de Isabel II, demostrando los mas nobles sentimientos é inclinacion decidida á tomar parte y autorizar cuanto les presentaban como conducente á estimular el trabajo, la beneficencia, las ciencias, las letras y las artes. Si los hombres de Estado que rodean al Monarca aciertan

á comprender y realizar en las ideas reinantes y en la administracion, los cambios necesarios, en el sentido de encaminar hácia el fomento de la riqueza nacional las fuerzas vivas del país, son de esperar para nuestra nacionalidad mejores dias que los de la azarosa época que atravesamos.

INTERIOR.—En este país tranquilo, los principales resortes de su especial manera de ser social, religiosa y administrativa, no ofrecen hoy al observador ninguna irregularidad.

Introducidas de pocos años á esta parte importantes reformas en la organizacion central, estas no han trascendido aun á las provincias ni á las cosas, resultando cierto aparente desequilibrio, que es seguro llegará á corregirse, ora poniendo en armonía con aquella todo el sistema, ó restableciendo la anterior simplificacion de resortes y de métodos. Cuestion es esta de principios que, segun noticias, ha dado lugar á largas discusiones en los altos cuerpos consultivos de la Nacion, á consecuencia de los proyectos de reformas de 1870.

Todas las cuestiones de intereses materiales tienen gran influencia en este país. Introducidas de repente nuevas prácticas en los acopios de frutos para la exportacion; faltando los anticipos con sus antiguas condiciones, y obligados acopiadores y productores, en su mayor parte, á liquidar atrasos; coincidiendo esta situacion con la baja de los precios y nuevas exigencias sobre calidades, las provincias atraviesan una situacion difícil, de la cual es de confiar vayan saliendo, merced á los elementos de prosperidad que albergan y á la reaccion favorable que principia á mostrarse en el comercio de los dos principales artículos de exportacion. Sería de sentir que las noticias telegráficas recibidas el lunes de algunas quiebras de casas importantes de Inglaterra, puedan contribuir á sostener mas tiempo la tirantéz de los negocios en este país.

Por fortuna, y debido á las buenas ventas de tabaco en los últimos meses del año pasado, la situacion del Tesoro es mucho mejor que en años anteriores; pudiendo esperarse llegue á alcanzar holgura relativa si limita sus aspiraciones en ese producto, á las que tenia cuando inició las subastas de 1874, dejando en los tipos alguna latitud á las pretensiones, que ya no son las mismas, de los mercados consumidores, y á la competencia, que siempre existe, entre el comercio que aspira á servir órdenes del exterior.